

Cortarle las Alas a la Impunidad

Testimonio de vida de
Josué Giraldo Cardona

"Nos hemos hecho parte de esta familia universal por la dignidad de las personas y los pueblos, lo cual nos da el vigor para seguir adelante... El Estado y su proyecto paramilitar nos han hecho cerrar las oficinas pero no han doblegado, ni doblegarán, nuestra voluntad, ni nuestro compromiso."

JOSUÉ GIRALDO CARDONA

Presidente del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta
Ejecutado extrajudicialmente por el Estado colombiano el 13 de octubre de 1996.
(Declaraciones de Josué Giraldo, el 31 de marzo de 1996, en Ginebra, Suiza)



Por: Luis Guillermo Pérez Casas

A la memoria de Josué Giraldo.

*"...en mi patria encarcelan mineros
y los soldados mandan a los jueces.
Pero yo amo hasta las raíces
de mi pequeño país frío.
Si tuviera que morir mil veces,
allí quiero morir;
si tuviera que nacer mil veces, allí quiero nacer...
No quiero que vuelva la sangre
a empapar el pan, los frijoles,
la música: quiero que venga
conmigo el minero, la niña,
el abogado, el marinero,
el fabricante de muñecas,
que entremos al cine y salgamos
a beber el vino más rojo...
Yo vine aquí para cantar
y para que cantes conmigo."*

(Pablo Neruda, Canto General, Que Despierte el Leñador, VI)

INDICE

<u>Introducción</u>	<u>Carranza, Paramilitarismo e impunidad.</u>	<u>1. De por qué somos una familia grande</u>	<u>2. Recuerdos de mi infancia y de mi casa</u>	Mi primera comunión Nuestra casa de campo De las restricciones familiares y de por qué yo no quise ser religioso	<u>3. Mis primeras inquietudes políticas.</u>
El sectarismo de papá Recuerdos de una jornada política en Pensilvania.	<u>4. De mis estudios universitarios y las luchas estudiantiles.</u>	Los primeros garrotazos que recibí en mi vida. No nací para los números y me decidí por estudiar Derecho.	Derecho era mi carrera, pero la Libre no fue más mi universidad. Mi vinculación a la Juventud Comunista.	<u>5. Mi regreso a Pensilvania y mi vinculación con la Unión Patriótica.</u>	Creación de la Junta Patriótica para impulsar el nuevo partido. Presencia de los paramilitares en Pensilvania. Así se planeó y ejecutó el primer atentado contra mi vida.
<u>6. De cómo un narcotraficante transformó Pensilvania. Muerte de Don Darío, Presidente del Concejo</u>	<u>7. De cómo terminé mi recuperación en un hospital de guerra en Moscú.</u>	La sorpresa de encontrarme compatriotas. Mis impresiones de la Perestroika.	<u>8. "Salí de Guatemala para meterme en Guatepeor".</u>	Desplazados ayer y desplazados hoy, los círculos infernales de la violencia.	<u>9. El matrimonio, las hijas, las dificultades de la vida familiar.</u>
Entre la tragedia nació el amor. A los bebés hay que hablarles y cantarles desde la concepción. El costo de encerrarse para proteger la vida, el sacrificio de la familia.	No puedo renunciar a lo que soy como hombre y como persona. Las dificultades de tener guardaespaldas.	Mis hijas y mi esposa deben saber que yo siempre estoy y estaré con ellas. Debo hablar con mi familia sobre la posibilidad de mi muerte.	<u>10. En el Meta y en general en el Llano su gente y su naturaleza son fuentes de libertad y riqueza.</u>	El Llano es tierra de libertad. Experiencias guerrilleras del Llano de mitad de siglo. Desmovilización guerrillera y colonización.	Surgimiento de los nuevos grupos guerrilleros. Del 65 al 85, veinte años de relativa tranquilidad y prosperidad del movimiento popular en el Meta.
<u>11. El paramilitarismo desangra el Departamento.</u>	Gonzalo Rodríguez Gacha, alias "El Mexicano", primer promotor del paramilitarismo El aniquilamiento de la Unión Patriótica en San Martín.	Políticos y militares deciden en el Meta el genocidio contra la Unión Patriótica. El exterminio se traslada a Vistahermosa y El Castillo. Rodríguez Gacha cede sus acciones en el paramilitarismo a Víctor Carranza.	Encubrimientos gubernamentales del paramilitarismo. El paramilitarismo obedece también a un proyecto económico excluyente.	<u>12. Los paroxismos que nos produce el terrorismo de Estado.</u>	<u>13. La represión puede silenciar los conflictos, pero llegará el momento en que el terror no podrá evitar que estallen.</u>
<u>14. Relato de aquellas muertes que me desgarraron el alma.</u>	La masacre en la que pereció Carlos Covas. El asesinato de Julio Cañón, alcalde de Vistahermosa y otras desgracias de su familia.	La primera masacre de Cañosibao. El asesinato de Luis Eduardo Yaya. La muerte de Carlos Julián Vélez, masacre de su familia.	La cuarta masacre de Cañosibao, la muerte de María Mercedes. El asesinato de José Rodrigo García . La muerte del fiscal Jesús Abella.	<u>15. El proceso 019, de cómo Carranza teje el crimen y la impunidad</u>	<u>16. Carranza vuelve a beneficiarse de la impunidad y el Fiscal General lo convierte en señor</u>

<p><u>17. La esperanza de que la justicia sí puede funcionar, la captura de " Rasguño " lo demuestra</u></p>	<p><u>18. El surgimiento del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta</u></p>	<p>a) Asesinato y persecución de los médicos que colaboraban con el Comité b) La desaparición de Delio Vargas c) La desaparición de Adolfo Silva y otros atentados contra miembros del Comité</p>	<p>d) Nuestras denuncias contra Carranza y sus paramilitares incrementaron las amenazas y planes para atentar contra nuestras vidas.</p>	<p><u>19. La Comisión Meta, expectativas y frustraciones</u></p>	<p>a) El Gobierno entorpece la Comisión b) La Comisión produce resultados contrarios a los esperados.</p>
<p><u>20. Experiencias que nos dejó la Comisión Meta</u></p>	<p>a) De cómo enseñan Derechos Humanos en el Batallón XXI Vargas b) El comercio de la muerte en Granada</p>	<p>c) Diálogo con una comisión de la guerrilla de las FARC d) Entrevistas con el clero de la Iglesia Católica</p>	<p>e) La juventud del Meta, una juventud atrapada por la violencia f) Piñalito, ejemplo del típico pueblo coquero</p>	<p>g) Una anciana de la Unión Patriótica presa en su propia casa h) Constataciones compartidas en la Comisión</p>	<p><u>21. Las últimas amenazas e intentos para asesinarme</u></p>
<p><u>22. De por qué soy defensor de los Derechos Humanos</u></p>	<p>a) De cómo nos hicimos parte de la familia universal defensora de los Derechos Humanos. b) Tenemos que quitarle alas a la impunidad para que sea la vida la que vuele.</p>	<p>c) Por amor tenemos que transformar nuestra sensibilidad en actos por la justicia</p>	<p><u>23. La noche es más oscura cuando está a punto de amanecer</u></p>	<p><u>24. Del por qué no me voy de los Llanos</u></p>	<p>a) Tengo un paisaje de mi vida sembrado en el Meta para siempre b) En el Meta están sembradas también mis lágrimas, el lloro no es un desvalor c) Ceder me parece más terrible que la muerte misma</p>

Introducción

*"Llamaste al hombre, a la mujer, al niño,
hace un año, a esta Plaza.
Y aquí cayó tu sangre.
En medio de la patria fue vertida,
frente al palacio, en medio de la calle,
para que la mirara todo el mundo
y no pudiera borrarla nadie,
y quedaron sus manchas rojas
como planetas implacables."
(Pablo Neruda, "La Muerte")*

Josué Giraldo Cardona fue ejecutado extrajudicialmente por el Estado Colombiano a través de las manos sicariales del paramilitarismo el 13 de octubre de 1996, en la ciudad de Villavicencio, Meta, en presencia de sus dos pequeñas hijas de tres y cinco años de edad. Esta muerte nos permite decir, con el poema de Neruda que nos sirve de epígrafe, que su sangre, que fue "en medio de la patria vertida, frente al palacio...", fue también uno de los tantos crímenes anunciados que la comunidad internacional quiso evitar reclamándole al Estado colombiano protección específica para los miembros del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta, del cual Josué era su presidente.

La muerte de Josué es una corroboración más del terrorismo de Estado que sigue imperando en Colombia, ahora con la actividad exacerbada y creciente del paramilitarismo. El Colectivo de Abogados "José Alvear Restrepo" publica el testimonio de vida de Josué Giraldo Cardona, no sólo como un homenaje a su memoria, sino esperando que las múltiples denuncias que Josué realizó nos permitan, como él dice: "quitarle alas a la impunidad para que vuele la vida". Luego de leer su testimonio ustedes y conozcan quiénes han sido los autores intelectuales y materiales de este crimen, pretendemos que se sumen a la Red Internacional contra la Impunidad que promueve la Coordinación Belga-Colombia². Es nuestro propósito contribuir a lograr que, por lo menos, en el asesinato de Josué se haga justicia. Debemos lograrlo para que su sacrificio no sea estéril. Si obtenemos que los verdugos de Josué sean detenidos, procesados y condenados, se desvertebrará una de las estructuras más grandes del paramilitarismo y se resquebrajará una de las bases principales sobre las que actúa el terrorismo de Estado en Colombia. Además de las personas que no menciona Josué exigimos que responda de su asesinato el general Rodolfo Herrera Luna, comandante de la Séptima Brigada, quien en discurso público el 5 de septiembre de 1996 en el municipio de Mesetas, departamento del Meta, tildó a los defensores de los derechos humanos como mensajeros de la guerrilla. Discurso de la estrategia de la guerra sucia promovido por el propio Jefe de Estado, Ernesto Samper Pizano, cuando dijo, exactamente un año antes del asesinato de Josué, en octubre de 1995: "Como Presidente y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas prefiero a los militares enfrentados a la subversión en las montañas y no en los juzgados del país contestando requerimientos infundados presentados por sus enemigos". Entendimos entonces que los defensores de derechos humanos quedarían más expósitos que nunca al accionar criminal de los que en Colombia han promovido el terrorismo de Estado. Que responda también de la muerte de Josué el Comandante de la IV División del Ejército, el Comandante de la Policía Meta y el Director Seccional del Das -Departamento Administrativo de Seguridad-, porque todos ellos conocían los planes denunciados por el propio Josué para atentar contra su vida. Que respondan al menos por la ostensible omisión en sus funciones que facilitaron su muerte.

Josué se había convertido, como él mismo lo dice en su testimonio, en un miembro más de la familia universal dedicada a la defensa de los derechos humanos. Su muerte no afecta solamente a los colombianos. Con esta ejecución el Estado ha ofendido y resentido a la comunidad internacional que defiende la dignidad humana en todos los rincones del planeta.

Josué intervino en el Parlamento Europeo, en febrero de 1996, para denunciar la estructuración y accionar del paramilitarismo en Colombia. Esta Cámara multiestatal condenó, en resolución común del 23 de octubre de 1996, su asesinato. Josué igualmente participó en el 51 y 52 períodos de sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas en Ginebra, Suiza, reclamando con las ONGs colombianas e internacionales que se tomaran las medidas adecuadas por la comunidad internacional para ayudar a superar la grave crisis humanitaria en Colombia.

El testimonio de Josué contempla todas las etapas de su vida. Su memoria fotográfica le permitía recrear paisajes y momentos con una fidelidad tal a sus recuerdos que parecía que los hubiese vivido el día anterior. Recorriendo con él su vida se comprende gran parte de la Colombia de hoy : violencia política, narcotráfico y terrorismo de Estado. Josué fue un testigo de excepción, y finalmente también víctima del

genocidio decretado contra la Unión Patriótica. Su compromiso político, su condición de funcionario público durante varios años, primero como Juez de Ejecuciones Fiscales y luego como Gerente de la Empresa de Licores del Meta, más su labor como defensor de los Derechos Humanos y su calidad de abogado, le permitieron comprender todos los entramados del terror y de la impunidad en el Departamento del Meta. Muchas de sus denuncias obran en expedientes judiciales que ya han sido archivados, otras se encuentran abiertas, y otras no han sido judicializadas.

Josué no se enfrentó a la muerte con resignación; por el contrario, la enfrentó convencido de que él no podía ceder, porque ello sería "más terrible que la muerte misma". Se enfrentó a la posibilidad de su martirio porque amaba la vida demasiado, y entendía que para afirmarla había que ir hasta el fin si fuese necesario. Su testimonio es premonitorio, y pese a lo doloroso de muchos momentos de su relato, también resulta esperanzador. Su muerte no puede conducirnos al escepticismo; por el contrario, tenemos que alentar la vida y multiplicar nuestros esfuerzos para que personas como Josué no sigan muriendo.

¿Por qué mataron a Josué? A Josué lo mataron por ser un hombre probo, por ser un hombre digno, por ser un hombre incorruptible, por ser un militante político de un partido sometido al exterminio y, más allá, por ser un decidido militante de la vida y defensor a ultranza de los más caros valores de la existencia humana. Quienes lean su testimonio comprenderán en toda su dimensión que hemos perdido no sólo a uno de los mejores hijos de Colombia, sino que toda la familia humana ha perdido a uno de sus miembros más íntegros; a uno de esos seres imprescindibles, como califica Brecht en su poema a los que luchan toda la vida contribuyendo a evitar la degradación de la humanidad. Perdimos a un hombre que por su coraje, su compromiso y su inteligencia allende las fronteras, tenía mucho que decirle al mundo; el espíritu de Josué era universal aunque estuviere reducido a una provincia de terror.

Uno debe dolerse del crimen que se cometa contra cualquiera en cualquier lugar del universo. La vida humana tiene que ser inviolable. Uno debe dolerse doblemente si el crimen tiene un móvil político y es el Estado quien lo comete. Y si la víctima es un defensor de los derechos humanos, uno tiene que resentirse desde las fibras más íntimas de su ser.

Cuando comencé la transcripción de la entrevista de Josué pensaba que todo lo que él denunciaba podía constituirse en un factor adicional de riesgo para que se le privara de la vida; quería volver a discutir con él algunos detalles antes de su publicación. Ahora las precauciones no tienen sentido, el lector de su testimonio debe conocer quiénes son sus asesinos.

Entrevisté a Josué en los últimos días de marzo de 1996, en Ginebra. Nos encontramos en el apartamento de un amigo común. Josué había salido del Meta por espacio de dos meses acorralado por las amenazas de muerte y planes para acabar con su vida. Pasó por España en un recorrido de denuncias, y llegó a la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas para participar, como un año atrás, en nuestro trabajo de cabildeo para lograr que la comunidad internacional tomara las medidas que correspondan para ayudarnos a superar la grave crisis humanitaria que padece Colombia.

Conversamos muchas horas. Cuando podíamos sustraernos del Palacio de Naciones Unidas, caminábamos por las orillas del lago Lemán para buscar un poco de tranquilidad y de inspiración en las aguas quietas y con el vuelo reposado de las gaviotas que siempre invitan a la libertad. Nos llegó una primavera de días soleados, que con el hermoso fondo blanco de los Alpes nevados nos permitía gozar de los dones maravillosos de la naturaleza. Aprendí con Josué, ciertamente, que quien es sensible frente a la vida humana lo suele ser también frente a las cosas más sutiles de un paisaje: una mariposa de colores, un botón de tulipán o de rosa que florece, un ruiseñor que canta, un rostro que sonrío, una pelota que rueda, un niño que corre; son hechos suficientes para recordarnos las gracias de la vida. Tuvimos también tardes de arco iris y largos instantes de silencio en que nos poníamos de acuerdo para dejar que la naturaleza nos hablara. Así se fue construyendo el testimonio de Josué. El último día de camino al aeropuerto, y antes de que despegara su avión, seguía grabando su voz, seguía recogiendo parte de su intensa vida. Lo vimos marchar detrás de la puerta de migración, luego de un abrazo que, aunque yo intuía que podía ser el último, nos negábamos a aceptar la posibilidad de su muerte como un sino inexorable que no queríamos racionalizar, sin otros fundamentos que nuestro incontenible afán de vivir y de querer que los otros vivan. En sus manos llevaba un gran libro de Mandela, tanto por su contenido como por su tamaño, en el que se había sumergido cada noche antes de dormir. Quería aprovechar el vuelo transatlántico para leer muchas páginas e impregnarse de la inmortalidad del líder negro; así contribuiría a fortalecer su espíritu para vencer todos los tipos de 'apartheid' que subsisten en Colombia.

Para sus hijas, su esposa y todos los integrantes del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta está dedicado especialmente la publicación de este documento.

Luis Guillermo Pérez Casas.

Carranza, Paramilitarismo e impunidad.

"Desde finales de 1994, el grupo paramilitar 'Serpiente Negra' desató en el departamento del Meta una ofensiva contra la población de la región del Alto Ariari y contra el Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta, el cual fue desterrado de la región en febrero de 1995, y todos sus miembros amenazados de muerte. Varios miembros del Batallón de Infantería N° 21 "Vargas", acantonado en la región, han sido asociados a distintas acciones del grupo Serpiente Negra. Víctor Carranza Niño, conocido negociante de esmeraldas y señalado reiteradamente como narcotraficante por distintas autoridades, lidera el grupo paramilitar. En 1989, el Departamento Administrativo de Seguridad halló fosas clandestinas con varios cadáveres y un centro de entrenamiento de paramilitares en varias haciendas de propiedad de Víctor Carranza, en Puerto López. El Departamento Administrativo de Seguridad hizo público uno de los testimonios que permitió poner al descubierto esa escuela de paramilitares y las fosas comunes. Dos importantes sicarios, Camilo Góngora Sierra y Camilo Zamora Guzmán, detenidos en Bogotá en 1989, confesaron ante un juzgado haber cometido varios asesinatos de miembros de la Unión Patriótica en el Meta por cuenta de Víctor Carranza y con el apoyo de miembros del batallón Vargas y de la VII Brigada. Pese a ello, Víctor Carranza Niño sigue movilizándose sin ningún tipo de apremios y gozando de protección de numerosas autoridades militares y de policía en la región. Incluso ha sido visto con cierta frecuencia en compañía de miembros de la VII Brigada en la base aérea de Apiay, la que, al parecer, utilizaría desde hace algunos años para sus desplazamientos aéreos.

Durante la administración de César Gaviria Trujillo, Víctor Carranza gozó de un trato privilegiado, en su calidad de Zar de la explotación de esmeraldas. Esta situación se ha mantenido con el gobierno del Presidente Samper. Colombia tiene alrededor del 55% de la producción mundial de esmeraldas, lo que significa un volumen de exportación de U\$S 151.727.508 en 1991. La iniciativa de crear la Bolsa Mundial de esmeraldas en Bogotá, patrocinada por Víctor Carranza a través de su empresa Tecnominas, gerenciada por Germán Bernal, tuvo un importantísimo eco en el Gobierno. En abril de 1992 el propio presidente Gaviria, según la revista Semana, habría recibido a Víctor Carranza "como autoridad mundial en esmeraldas". El entonces Ministro de Desarrollo Económico, Ernesto Samper Pizano, fue uno de los principales promotores de la iniciativa de Carranza. Tal vez este factor ayude a explicar por qué Carranza se ha beneficiado de una protección infalible por parte de altas esferas gubernamentales, que han neutralizado cualquier actuación judicial contra el líder paramilitar."

Soy Josué Giraldo Cardona, nacido en el seno de una familia grande, el número trece entre dieciocho hijos. Nací en 1959, el 27 de agosto, en Pensilvania, Caldas, un pueblo de la colonización antioqueña fundado en 1866. El prefijo "Pen" del nombre de mi pueblo deviene de un almirante norteamericano que estuvo participando en las guerras civiles de Colombia en el siglo XIX, y conquistó por su valor el afecto de muchos paisas. Y "silvania" es el nombre de una flor de la región.

Pensilvania fue habitado en la antigüedad por una comunidad indígena, se han encontrado restos arqueológicos en las montañas de Rony y Piamonte; de su cultura poco se conoce, desaparecieron con el proceso de conquista y colonización del Imperio Español.

Pensilvania es un pueblo conservador, como casi todos los municipios cafeteros, con una gran ascendencia religiosa. La economía cafetera durante un buen período permitió satisfacer necesidades básicas y servicios públicos a toda la población. Los pueblos paisas y cafeteros son pueblos bien hechos, bien organizados, con sus calles limpias, su buen acueducto, sus carreteras adecuadamente transitables, con servicios de energía, agua y teléfono. Los niveles de pobreza para ese entonces eran muy pocos. La gente que tenía penurias económicas contaba con el auxilio de la sociedad "San Vicente de Paúl", que construía barrios para pobres, y la alcaldía contribuía a la manutención de tal forma que no padecieran hambre.

1. De por qué somos una familia grande.

En la cabecera municipal no vivía mucha gente. Nuestra vida se desarrolló principalmente en el campo: habitábamos en la vereda San Juan, donde nacieron la mayor parte de mis hermanos mayores. Mi padre fue huérfano a temprana edad, lo que le obligó a asumir, siendo apenas un adolescente, las responsabilidades de la economía de su familia. Ello le hizo despreciar el ocio y cultivar el amor por el trabajo, virtudes que nos transmitió.

El que seamos una familia numerosa no obedece a que mamá no conociese los períodos de infertilidad, ni a que mis padres gozarán tirándose piedritas en la quebrada, ni a que en ese entonces no conociésemos los televisores. La explicación es ante todo económica y está en las raíces mismas de la colonización antioqueña. El hijo mayor, por tradición, partía a tumbiar selva, a descuajar montañas, a fundar veredas; donde se instalaba se aseguraba la autosubsistencia familiar. La mano de obra no se contrataba, se trabajaba con los hijos de la casa; había necesidad de reproducir hijos para generar brazos de trabajo en las

fincas cafeteras. El proceso de colonización imponía que cuando se cumplían quince años, el muchacho ya estaba maduro para acariciar por su cuenta la tierra, partía para sembrar su propio futuro. Los hijos que se iban tenían que ser sustituidos.

Cuando se cerró la frontera agrícola en el viejo Caldas se frenó el proceso de reproducción de las familias numerosas. Desde entonces se impuso la planificación.

2. Recuerdos de mi infancia y de mi casa.

a) Mi primera comunión.

Mi infancia fue tranquila, fue una infancia feliz. Sólo recuerdo en particular la fecha de la primera comunión. La tradición imponía que ese día hubiese una celebración colectiva, se hacía una fiesta majestuosa. En estos pueblos la alegría popular estaba ligada a los acontecimientos religiosos; el tejido social se construía alrededor de las ceremonias de la iglesia. Lo pagano no tenía espacio. Las primeras comuniones no eran ni de dos, ni de tres o cuatro niños; cuando se celebraban se hacían con cien o doscientos niños y con obispo a bordo. Si el obispo, por cualquier razón, no aparecía, era una catástrofe, la fiesta se arruinaba.

Cuando a mí me tocó la primera comunión nos exigían ponernos una bata larga como el hábito que llevan los curas. Nosotros parecíamos como niñas así vestidos: teníamos la costumbre del pantalón corto, las camisas sin mangas y andábamos a pie limpio. La bata no iba con nosotros, nos incomodaba sobremanera. No puedo olvidar la fecha por las connotaciones que tuvo para mí, tanto en lo personal como en lo social. Por primera vez recibí una gran cantidad de regalos. Como éramos tantos, cuando llegaba la Navidad papá no podía darnos un regalo a cada uno. Compartíamos un carrito plástico entre cuatro o cinco, mis hermanas una muñequita.

Nuestra casa de campo.

Yo amaba nuestra casa de campo, era la vivienda típica de un pueblo cafetero paisa, alegre, muy florida. De techos rojos de teja de barro, y el resto de la construcción en madera. No faltaba el palomar y el gallinero. Debajo de la casa también se dejaba un espacio para que circularan los animales. Alrededor de la casa había un gran jardín, y mi mamá también extendía las flores en materas por los corredores. La costumbre entre las vecinas cuando se hacían visitas era la de regalarse matas. Se sembraban orquídeas, azucenas, jazmines, pensamientos, nardos y tornasoles de diferente color y tamaño. La estructura de la casa no era hacia adentro, sino hacia afuera, de tal forma que se recibía la máxima cantidad de sol y de vientos; también se podía ver el cielo estrellado desde todas las ventanas. Nosotros vivíamos en la vereda de San Juan, que tiene un clima templado.

En este tipo de vivienda campestre se usa mucho la chambrana, y en nuestra casa no podía faltar. La chambrana es el sitio anhelado de los amoríos, el sitio ideal para las esperas. El pretendiente baja después de la jornada de trabajo, y la muchacha está allí con su mejor sonrisa y sus trenzas coquetas para alegrar la llegada de las noches. Desde la chambrana se hacen romances, canciones, amistades, y reflexiones serias y nostálgicas que nacen desde la memoria de los abuelos. Es el espacio para el cotorreo, para la llegada de las noticias que vienen del pueblo o de las veredas vecinas. Frente a la casa hay un gran patio público, espacio para fiestas, juegos de pelota, visitas, y siesta para los gatos y perros. Estos son los espacios de socialización de la casa. Si los perros ladran o se escucha el rugido del motor de una chiva que se acerca, todos se asoman para darle la bienvenida al eventual visitante. En la casa era más frecuente recibir visitas, porque por el frente pasaba el camino real. Ello genera una tradición de hospitalidad.

La cocina era el centro de reunión de la familia. No comíamos en el comedor, porque al calor del fogón de leña había más intimidad, y sentados en bancos y en forma de círculos podíamos poner en común nuestros problemas, nuestras necesidades, nuestras expectativas. Mi mamá hacía pan en una hornilla de barro, elaboraba rosquillas, galletas, tostadas. Teníamos una alacena grande: un cajón enorme que fue herencia de la abuela se mantenía repleto, porque además de alimentarnos a nosotros mi mamá siempre guardaba provisiones para las visitas, de tal manera que cuando pasaban no se iban con las manos vacías, ella les aseguraba una bolsita de pan.

La época más especial era la época de la recolección del café, porque venía gente de todo lado, de la costa atlántica y pacífica. La plaza de Pensilvania era el punto de encuentro, llegaban chivas repletas de jornaleros. La región era de pequeña hacienda cafetera, no había grandes propietarios. Mi papá tenía una finca de diez hectáreas pero era una finca productiva, teníamos café arábigo, que se reproducía bien, y había necesidad de contratar a los jornaleros migrantes. A mí me gustaba sentarme a escuchar las historias de sus vidas y conocer el país a través de sus palabras. En el relato de los pescadores imaginaba el mar como lo conocí muchos años después, inmenso y capaz de consumírsele a uno con el bocado de una ola. Hay una población campesina flotante muy grande, viven recorriendo el país de cosecha en cosecha;

cuando termina la del café van a la costa a recoger algodón, y luego, cuando ésta termina, van al llano a recoger arroz; si hay crisis y se paga mal el jornal, se van a la amazonia o al llano a recolectar coca.

De las restricciones familiares y de por qué yo no quise ser religioso.

Mis padres nos hacían levantar cada día a las cinco y media de la mañana para irnos a misa. Yo ayudaba en la iglesia como monaguillo, tocaba las campanas y servía a los padres. Con mis hermanos jugábamos a la iglesia, a veces yo hacía de sacerdote, convertíamos las arepas en ostias y con ellas confesábamos. El cura que hacía las promociones a seminarios y conventos llegaba a alojarse a casa, salía a las veredas a reclutar muchachos y jovencitas para la iglesia. Cuando terminaba su trabajo exterior, nos reunía a todos los hermanos en la sala, y a quien él señalara tenía que irse a estudiar a Manizales en el seminario. De mis diez hermanos, siete pasaron por el seminario, dos de ellos encontraron su vocación y se hicieron sacerdotes.

Una hermana se hizo monja, estuvo diez años en el convento hasta que la persistencia de un novio que había dejado en Pensilvania la convenció de dejar los hábitos y en un fin de semana se voló. Aunque no dejó de ocuparse de las cosas de Dios, en adelante lo hizo compartiendo el amor de un hombre trabajador. También impulsó su decisión el hecho de que en esa comunidad religiosa no se hacía trabajo con la gente necesitada. Ella tenía vocación de servicio hacia la población, y amaba el trabajo social no por ideología alguna, sino por tradición familiar heredada de la abuela. La abuela era una matrona en la región. A su casa llegaban el cura, las autoridades políticas y mucha gente del pueblo. En su casa había siempre algo de comer y algo para ofrecerle a quien llegara, fuese un hambriento pobre o así fuese un forastero desconocido. Era una mujer muy desprendida, siempre le tendía una mano a los más necesitados. Mi papá también tiene ese espíritu: cada quince días sale a recorrer las calles con su carriel al hombro para recoger dinero para los pobres de San Vicente. Mi padre, a pesar de ser conservador, no es un hombre egoísta, es honesto y muy dadivoso; pero en cosas de educación de los hijos se pasó de severo.

De mis dieciocho hermanos (en realidad diecisiete, porque uno murió al nacer) siete fueron mujeres. Se mantuvo en el hogar la tradición machista. Ellas tenían que quedarse en casa ayudando a mi mamá en las labores de la comida, del aseo de la casa, de aprender y ayudar a coser para hacernos las ropas a los hermanos.

Mis hermanas tenían una restricción total en cuanto a la vida social se refiere; se les obligaba a llevar vestidos largos, a las seis de la tarde ya no las dejaban salir, no se les permitía tener amigos y, menos, novios, pero hacían lo posible por burlar las disposiciones autoritarias de papá y se escapaban de tarde en tarde, lo que ocasionaba que él las reprimiera severamente y que se excediera en el castigo. Lo mismo pasaba con mis hermanos mayores. Aunque ellos tuviesen una 'libertad' mayor no podían llegar después de las diez de la noche a casa, a esa hora mi papá trancaba la puerta. Unas y otros eran castigados a latigazos. Yo no viví de cerca el tratamiento que le dieron a mis hermanas mayores pero recojo ahora sus comentarios.

Yo no me acomodé a la vida religiosa porque no me gustaba que me obligaran a ir forzosamente a la iglesia, la coacción me indignaba, íbamos a misa a las cinco y media y teníamos que regresar a las seis. Yo hacía lo posible por no dormirme en los bancos, pero a veces era más fuerte el pesado ambiente que mi voluntad de niño; entonces mis padres se enojaban conmigo. Así fue día a día durante años, no nos salvábamos ni los domingos. En el colegio la situación no fue mucho mejor, teníamos que ir a misa antes de entrar a clase. Poco a poco nos fuimos rebelando un grupo de adolescentes que no entendíamos el autoritarismo en las cosas de Dios, y nos negábamos a ser obedientes 'porque había que serlo'. En el comienzo fue una reacción natural que no tenía nada de ideológico, fue el método represivo el que nos fue alejando de las puertas de la iglesia, sin consideración a que ésta fuera buena o mala. Nos sentíamos violentados, y contra ello reaccionamos.

3. Mis primeras inquietudes políticas.

Promediando mis estudios de secundaria, a través de un cuñado que estudiaba derecho en la Universidad Libre de Bogotá, y quien quería compartir con nosotros sus inquietudes ideológicas y políticas, comenzamos a leer los escritos del sacerdote revolucionario Camilo Torres Restrepo; también recibíamos la revista "Alternativa" y nos llegaban los escritos del Che Guevara y de Fidel Castro. En esos años la influencia de la revolución cubana y de todo el movimiento antiimperialista era muy fuerte. No teníamos mucha conciencia sobre estos fenómenos políticos, pero recibíamos el humito del incendio que se estaba levantado por doquier en Latinoamérica. Nos daba orgullo tener una foto del Che o de Fidel en nuestra habitación, comprábamos boinas y usábamos correas con la imagen del Che. Despertamos a las ideas revolucionarias a través de simbolismos sin la conciencia de lo que ellas implicaban. Era la moda de los jóvenes de los años sesenta y setenta.

Cuando comenzaba el bachillerato llegaron a la región los "Cuerpos de Paz". Eran unos gringos que andaban repartiendo zanahorias, tomates y leche. Luego se supo que en la leche incluían un producto que infertilizaba a las mujeres, con la idea de que las revoluciones había que prevenirlas desde el vientre de las mujeres pobres de Latinoamérica para que no surgieran guerrilleros. Temas como éstos los empezamos a discutir en nuestro grupo de jóvenes, a documentarnos, a buscar el por qué de las cosas. Poco a poco nos fuimos desprendiendo de las ideas confesionales, católicas. En el colegio me vinculé al grupo de teatro, organizamos un periódico estudiantil, y a través del periódico llegué al Consejo Estudiantil, y con éste al tema de las reivindicaciones gremiales; por el mismo camino tuve mis primeros contactos con las organizaciones sindicales y campesinas de la región, en particular con las de los puertos fluviales sobre el Magdalena: La Dorada y Honda, que hicieron historia con las aguerridas luchas de los braceros desde los años veinte. La Dorada no está lejos de Pensilvania, y el intenso calor de su tierra y de su gente nos irradiaba.

Participé en muchos congresos estudiantiles en La Dorada y en Manizales; conocimos dirigentes estudiantiles nacionales con los que realizábamos talleres sobre la problemática de la educación en el país y sobre las causas de la marginalidad y la pobreza que sufría la mayoría de los colombianos.

El sectarismo de papá.

La participación de mi padre en política tendría una influencia decisiva en mis luchas posteriores, por la intención de no parecerme a él. Mi padre era un hombre conservador y sectario, en su sangre bullía la efervescencia azul y no soportaba siquiera ver una manifestación liberal. Recuerdo que un amanecer, por época de elecciones, a las cuatro de la mañana se levantó con peinilla en mano para agredir a unos liberales que en plena campaña electoral gritaban a su paso "Abajo los conservadores, viva el glorioso partido liberal!", para él era peor que si le mentaran la madre.

Mi mamá me cuenta que el sectarismo de papá tiene mucho que ver con el fenómeno de "La Violencia", en que el pueblo liberal y conservador se despedazaba mutuamente conducido por el discurso radical de sus jefes políticos, que luego de trescientos mil muertos terminaron festejando con un brindis de champaña el nuevo país que nos heredó el "Frente Nacional". Remanentes de esa violencia fue la lucha de los llamados bandoleros de finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. De niño escuché contar a los campesinos y a mamá los hechos terribles de violencia que se ligaban a nombres como "Sangre Negra", "Tarzán", "Desquite", "Capitán Venganza" y del propio Efraín González. Se recuerda con mucho repudio una matanza que hubo en Marquetalia, Caldas, de 30 personas, entre las cuales diez de Pensilvania que iban a una feria ganadera, "Sangre Negra" los capturó uno a uno, los llevó a un cuarto, los apalearon y luego los mataron a todos. Se logró escapar una persona de Pensilvania. Los mataron por ser miembros del partido conservador.

Mi mamá temerosa del radicalismo visceral de mi padre, para protegerlo en su pasión política, cuando había concentraciones me enviaba con él para estar segura de que regresaría a casa. Yo lo acompañaba escuchándole sus diatribas contra liberales y comunistas, que para él eran la misma cosa. Cuando quería agredir a alguien yo lo abrazaba para calmar sus ímpetus violentos y, cuando estaba borracho, tenía que ir a casa a buscar a mis hermanos mayores para poder cargarlo de regreso.

Desarrollo de una jornada política en Pensilvania.

Recuerdo que en una jornada preelectoral el ambiente en el pueblo se puso tenso, se decía que iba a llegar el General Rojas Pinilla en la campaña a la presidencia, jefe de la Anapo (Alianza Nacional Popular). De Manizales venía el famoso grupo de "Los Leopardos", integrado por Villegas, el mismo De la Calle, y otros políticos connotados de Caldas; este grupo era conocido por su fanatismo medio fascista. Y para completar el escenario llegaba la cúpula de la Dirección Nacional Conservadora. Mi papá, que cargaba un machete pero no tenía armas de fuego, se consiguió un revólver prestado "por lo que llegase a suceder", aunque no sabía ni cómo meterle los tiros.

La concentración de los conservadores se hizo en la plaza pública, presidida por Belisario Betancur y Misael Pastrana entre otros jefes de renombre del partido; a unos cuantos metros se desarrollaba la manifestación política del General Gustavo Rojas Pinilla en una casa quinta que prestó un miembro sensato del directorio del partido conservador de Pensilvania. Los ánimos se caldearon cuando los conservadores, desconociendo la voluntad de su copartidario, impidieron que Rojas Pinilla pudiese intervenir, tuvo que irse a otra casa. Los anapistas se molestaron. Ya en la noche, al calor de los aguardientes, se armó una gazapera en el pueblo, unos y otros echaron tiros al aire, y por fortuna no hubo muertos. Mi papá no podía ausentarse de la gresca, así que terminó en la cárcel.

Esas manifestaciones políticas fueron forjando en mí un hervor que más tarde se traduciría en mis luchas estudiantiles y políticas.

4. De mis estudios universitarios y las luchas estudiantiles.

Terminé el bachillerato en mi pueblo en 1977, y en la fecha de mi grado condecoraron a mis papás por ser la familia que más hijos bachilleres había graduado en el pueblo durante toda su historia. Me fui a vivir a Bogotá en 1978, donde mis hermanos mayores estaban estudiando y trabajando. Nuestros nexos fraternales han sido fuertes, y unos a otros siempre nos hemos ayudado. Fui a vivir a casa de ellos, y me dieron un semestre para que reflexionara qué quería estudiar. Aproveché el tiempo y me dediqué a leer más de lo que había leído en toda mi vida. Me convertí en un verdadero "ratón de biblioteca". Encerrado en un cuarto de estudio leí hasta las 3 ó 4 de la mañana durante seis meses. Uno de mis hermanos, quien fue mi principal punto de referencia, estudiaba en la Universidad Libre; tenía mucha literatura política y jurídica que constituyó mi principal foco de interés.

Los primeros garrotazos que recibí en mi vida.

Me iba a almorzar a la Universidad Nacional donde la comida estaba subsidiada por el Estado, allí estudiaba una hermana. Nuestro apartamento quedaba cerca de esta universidad. Eran épocas de intensa agitación estudiantil, y eran frecuentes las movilizaciones y los enfrentamientos con la Fuerza Pública. Recuerdo una movilización en la que los estudiantes de la Universidad Pedagógica se dirigían al centro de la ciudad y se encontraban en la calle 45, con miles de estudiantes que salían de la Universidad Nacional; yo me integré a la marcha, más por curiosidad que por saber o compartir las causas de la protesta, me sumaba en los gritos a las consignas porque era inevitable emocionarse ante la más grande manifestación que hasta entonces había conocido en mi vida. Pero la marcha terminó en trifulca, consumí gases lacrimógenos y recibí de la policía unos cuantos garrotazos. Los estudiantes quemaron un trolebús y la policía desató una verdadera cacería de estudiantes; huyendo entre la multitud, los vecinos solidarios iban abriendo sus casas para que los estudiantes pudieran esconderse; entré en una de ellas cuando estaban a punto de agarrarme, los policías vacilaron pero al final siguieron detrás de los otros muchachos que seguían corriendo. Detuvieron a muchos, pero al poco tiempo tuvieron que dejarlos en libertad.

No nací para los números y me decidí al fin por estudiar Derecho.

Uno de mis hermanos era Contador y otros dos adelantaban estudios de contaduría, y me sugirieron que estudiara esta carrera porque tenía las perspectivas de un buen mercado laboral. Yo no tenía definido si me gustaba o no, pero me presenté a los exámenes de admisión. Inexplicablemente pasé y comencé estudios en la Universidad Central. El primer día que me senté a recibir las clases me di cuenta que había hecho la peor elección: las cifras, ecuaciones y finanzas, no iban con mi personalidad. Me sentía muy incómodo, pero aguantaba por mis hermanos; yo hacía grandes esfuerzos para aunque fuera culminar el semestre. Perdí dos materias que salvé en las habilitaciones.

Mis hermanos me dieron el dinero para pagar el segundo semestre, lo pensé muchas veces. Hice la cola para matricularme y me retiré de ella varias veces; volvía a ella por no decepcionar a mis hermanos y me salía de ella para no decepcionarme a mí mismo. Después de 4 horas llegué a la ventanilla, y cuando la señorita que atendía me preguntó de mala gana qué iba a estudiar, decidí que contaduría no sería mi carrera ni aquel centro de estudios sería mi universidad. Me fui a la casa con el temor de darle la cara a mis hermanos. Esa noche no les pude decir la verdad y por el contrario les mentí diciendo que sí me había matriculado. No dormí en toda la noche, lamentando de no haberles explicado mi decisión. Me sentía un poco estúpido. Sin embargo, al día siguiente preparé mi discurso de justificación durante el día y en la noche me enfrenté a ellos. Luego de mis explicaciones, reaccionaron favorablemente y me animaron a explorar otras posibilidades.

Me consiguieron un trabajo como mensajero en una cooperativa de ingenieros. En la idea de que no perdiera el tiempo, el hermano que estudiaba Derecho en la Libre me propuso que fuera allí como asistente, que no me echarían. Llegué con timidez porque no conocía el ambiente, pero tuve la fortuna de que me encontré un paisano de Pensilvania que iniciaba su primer año de Derecho, y con él tomé confianza para asistir a las clases. La primera clase a la que asistí fue con el profesor de Derecho Constitucional: al terminar la sesión me di cuenta de que aquella era mi carrera.

Derecho era mi carrera, pero la Libre no fue más mi universidad.

La Universidad Libre entonces era muy democrática, el movimiento estudiantil era fuerte y escuchado, los profesores también tenían acceso a la dirección de los destinos de la universidad. La participación se extendía a todos los estamentos del alma mater, incluyendo los trabajadores no académicos. El ejercicio democrático permitía un debate permanente y un enriquecimiento de las ideas que cada cual profesaba o estaba en curso de profesar. Recuerdo al filósofo de izquierda Alberto Alava Montenegro, que sería asesinado cuando iba a dictar clases a la Universidad Nacional. La Libre era una universidad privada, pero los estudiantes se sumaban a las luchas y movilizaciones de los estudiantes de las universidades públicas. La agitación popular terminando los setenta era grande, había huelgas, paros cívicos, movilizaciones de trabajadores. Nosotros participábamos en todas las que podíamos y en las que no podíamos también, porque no íbamos a clase.

Al finalizar 1979 en una de las movilizaciones fue asesinado por la Fuerza Pública el estudiante de la Universidad Nacional Patricio Silva. Los estudiantes recuperaron su cadáver, que estaba en poder de la policía y del ejército. Las protestas de los estudiantes por el asesinato se extendieron por todo el país, y en la Universidad Libre se hizo una toma pacífica de las instalaciones. Yo estuve acompañándolos durante diez días, pero como no había podido regularizar mi condición de estudiante, en caso de un allanamiento el movimiento estudiantil se vería afectado, porque podrían acusarme, como era la usanza para descalificar las protestas estudiantiles, de ser un "infiltrado" o "un agitador profesional"; así que me retiré y colaboré en el servicio exterior de avituallamiento de comidas para los manifestantes.

La ocupación de la Universidad terminó mal, porque los estudiantes fueron desalojados, por el orden del Ministro de Educación, a punta de bolillo y gases lacrimógenos. Los estudiantes que allí estaban fueron expulsados, entre ellos mi hermano; también expulsaron a todos los profesores de izquierda. La Universidad calló bajo el control de la burguesía del partido liberal, y lo que tenía de liberal y libre desapareció.

Desencantado de lo sucedido me presenté a la Universidad Autónoma a estudiar Derecho. Yo ya tenía mucha relación con el movimiento estudiantil. En su seno se movían dos corrientes políticas que eran las más destacadas: la de la Juventud Comunista (Juco) y la de la Juventud Patriótica (Jupa), que eran los llamados "M-Ls" (Marxistas Leninistas). Las discusiones entre estos grupos políticos era agrias y a menudo las disputas ideológicas se resolvían a puñetazos.

Mi vinculación a la Juventud Comunista.

En la universidad se creó un grupo de estudio y me invitaron a participar en él. Allí conocí e hice amistad particular con dos estudiantes que me parecían muy serios por lo esforzados en el estudio y lo comprometidos con su grupo político. Eran de la Juco. Por la cercanía y relaciones de confianza me invitaron a vincularme a ellos. Me citaron a una de sus reuniones políticas en el local que entonces tenían en la 23 con 15, en pleno centro de Bogotá. Yo fui, pero vacilaba en entrar, estuve como media hora dándole vueltas a la casa; tenía miedo de iniciar un camino que pudiese ser irreversible. Me decidí y entré. Poco a poco me dí cuenta que eran muchachos como yo, con historias parecidas a la mía, que estudiaban y luchaban, pero también se divertían. Salíamos a pegar carteles, a hacer grafitis, a vender periódicos, a realizar festivales y a promover debates.

Me vinculé al movimiento estudiantil de la Universidad Autónoma, fui por varios años Presidente del Consejo de Facultad, accedí por votación al Consejo Académico, y luego a la Junta Directiva de la Universidad. Participé en varios encuentros nacionales de estudiantes en Cartagena, en Tunja, en Manizales, en Cali y en Bogotá. Hicimos grandes movilizaciones. Una que recuerdo por su espontaneidad fue cuando los gringos invadieron Granada, la pequeña isla del Caribe que tenía un gobierno socialista. Entonces corrió un sentimiento antiimperialista tan fuerte que hasta alumnos conservadores, como eran los de la Universidad Gran Colombia, se movilizaron quemando banderas de los Estados Unidos. Hicimos una marcha fenomenal, con la participación de muchas universidades privadas y de todas las universidades públicas. Nos movilizamos hacia la embajada gringa. La policía quería impedirnos el paso, pero éramos tantos que tuvieron que dejarnos pasar. Manifestamos nuestro repudio multitudinario a las acciones imperiales.

Hicimos otra marcha a fines de 1984. Desaparecieron a un compañero nuestro del Consejo Estudiantil que era militante del M-19, Cristóbal Triana. No sabíamos de su militancia política, nos enteramos luego en la búsqueda, porque también desaparecieron a su cuñada, Nydia Erika Bautista. La desaparición forzada empezó a extenderse por todo el país como táctica represiva para golpear el movimiento estudiantil, popular y sindical.

5. Mi regreso a Pensilvania y mi vinculación con la Unión Patriótica.

Terminé mis estudios en 1985. Me preparaba para hacer una especialización de Derecho Público, cuando recibí una llamada de un cuñado de Pensilvania que era abogado y dejaba su despacho de litigante. Lo acababan de nombrar juez, y me pidió que lo ocupara y me hiciera cargo de sus negocios. Me fui a mi pueblo pensando que era un sitio ideal por su tranquilidad, por su calma para estudiar y presentar mis preparatorios para el grado. Llegué a Pensilvania a comienzos de 1986, al tiempo que en el país estaba surgiendo el movimiento político Unión Patriótica, producto del diálogo entre la guerrilla de las Farc, la más antigua y grande del país, con el gobierno. Me interesé en respaldar dicho movimiento porque me parecía una alternativa válida para que la democracia se profundizara, y aquellos hombres y mujeres que se habían rebelado en armas contra el sistema tuviesen así mismo una oportunidad para luchar por sus ideas a través de la contienda política.

Creación de la Junta Patriótica para impulsar el nuevo partido.

En Pensilvania encontré unos amigos que, fatigados de la política tradicional, compartieron conmigo el interés por crear la Junta Patriótica de impulso al nuevo partido. No era sencillo porque, como lo he dicho, Pensilvania es uno de los municipios más conservadores del país. Los cuatro hijos de los políticos más reaccionarios del pueblo, los jefes locales del status quo, entre ellos mi padre, que fue concejal del pueblo durante treinta años, nos reunimos para impulsar un partido político de izquierda. Fue muy curioso, porque en una esquina se encontraban ellos discutiendo y preparando su campaña proselitista, y en la otra nosotros, que queríamos evitar que ellos siguieran mandando los destinos del pueblo.

Mi papá fue cambiando con el transcurrir de los años, y al final terminó siendo tolerante, aceptando que las nuevas generaciones no se medían con la misma vara que las de su tiempo. Por lo tanto, en casa me trataba con respeto; discutíamos sí, pero lo interesante es que ahora escuchaba.

Renovar las costumbres políticas en un pueblo en el que el asistencialismo, el mutualismo y la solidaridad habían solventado la miseria, y todos estaban conformes con la manera de gobernar, era una tarea casi estéril. Nuestro discurso tampoco fue inteligente, porque manejábamos categorías que al pueblo ni le iban ni le venían. Sin embargo, tuvimos acogida en los sectores intelectuales, profesores, estudiantes y autodidactas. Creamos un círculo cultural que llamamos "El Ventorrillo", donde hacíamos recitales de poesía, presentaciones de grupos de teatro, presentaciones artísticas y sesiones de lectura pública de obras de la literatura universal para discutir sobre su contenido. Nuestro trabajo cultural y político dio resultado y estuvimos a punto de sacar un concejal; encontramos el método para no arar en el desierto. El resultado, sin embargo, empezó a preocupar a nuestros viejos, que se sorprendieron de que nuestras ideas pudieran tener acogida, a la policía y al Ejército ligados a los paramilitares, financiados por un hijo de Pensilvania que de la noche a la mañana se volvió millonario traficando con drogas.

Presencia de los paramilitares en Pensilvania.

El respaldo popular que obtuvo la Unión Patriótica en escasos meses de campaña política (llegamos a 350.000 votos a nivel nacional) inquietó al establecimiento en general, que no quería que el pueblo se tomara la democracia tan en serio. Decidió entonces patrocinar el paramilitarismo en todo el país para que éste compartiese el trabajo sucio de las Fuerzas Armadas. Si antes se torturaba y encarcelaba, ahora se eliminaría a todos los opositores del sistema. Comenzó el asesinato sistemático de parlamentarios, diputados, alcaldes, dirigentes. Los guerrilleros que habían salido a la plaza pública a hacer campaña política y habían sido elegidos para las corporaciones públicas regresaron al monte.

Pensilvania, que es un pueblo que queda en los linderos con el Magdalena Medio, no podría verse ajeno al proyecto paramilitar que se desarrolló con fuerza en Puerto Boyacá, la Dorada, Nare, Honda. A Pensilvania también llegaron.

Un grupo de paramilitares subió desde el Valle, bajaron por el Cauca, el Magdalena, asesinando en cada pueblo militantes de izquierda y dirigentes populares. La mayoría de sus integrantes eran nacidos en la vereda de San Daniel, que queda a una hora de Pensilvania. Allí regresaban a pasar vacaciones, dos o tres meses, y luego reiniciaban sus recorridos de terror cuando el ejército y los narcotraficantes les suministraba las listas de las personas que tenían que matar. Un frente de la guerrilla de las Farc, el IX frente, que opera en el nororiente antioqueño, se instaló también en la región. Un campesino de esa misma vereda, al que los paramilitares querían matar porque sabía de sus andanzas, pidió protección a la guerrilla, quien los esperó a que regresaran de una de sus giras y los enfrentó; el grupo fue prácticamente eliminado.

Yo tenía mi oficina de abogado en el pueblo y en ella vendía los ejemplares del periódico Voz, seguíamos nuestro proselitismo político, y nuestra Junta Patriótica crecía día a día. Fuimos extendiendo nuestro trabajo al campo, yo asesoré varias cooperativas campesinas, y muchos núcleos campesinos se fueron acercando a nosotros. Campesinos amigos me advirtieron que tuviese cuidado porque los paramilitares estaban vinculando nuestro trabajo político a los hechos guerrilleros y me acusaban de la manera más absurda y canalla de tener que ver con la muerte de los paramilitares.

c) Así se planeó y ejecutó el primer atentado contra mi vida.

Mi papá un día me comunicó, muy preocupado por noticias que le transmitió el Presidente del Concejo, que nuestra casa iba a ser allanada. Yo le dije a mi padre que no intentara impedirlo, que por el contrario lo hicieran cuanto antes para que se dieran cuenta que nada estábamos ocultando, que no teníamos nexos alguno con la organización subversiva. Lo sabía bien, por supuesto, porque conocía todo mi trabajo y todas mis amistades. Nosotros no conspirábamos, ni de palabra ni en pensamiento, le apostábamos de corazón a la democracia para que fuese precisamente posible superar la guerra. Todos nuestros actos y

discursos los producíamos de cara a la población. Le rogué que no interviniera para defenderme porque no tenía por qué hacerlo; por lo demás, siendo mi padre no creerían en su objetividad.

Lo menos preocupante, en realidad, era el allanamiento; lo realmente grave era que ya habían diseñado un plan para matarme. Yo me enteré ocho días antes de que atentaran contra mi vida. Dos de los que participaban en el grupo de sicarios eran conocidos míos desde pequeños y me lo advirtieron; me dijeron incluso que si les pagaba ellos mismos matarían al que había dado la orden de eliminarme, que ellos no me dispararían, pero que traerían especialmente unos sicarios del Valle, que todo estaba acordado con la policía. Yo les agradecí la información, les dije que por mi cuenta no había muerto nadie ni moriría nadie, que le dijieran a su jefe que toda mi actuación se ajustaba al orden legal. Lo doloroso de todo este asunto es que el jefe de los sicarios fue un amigo de toda la vida, de niños jugábamos juntos, en el colegio, compartíamos sueños y terminó convirtiéndose en un matón.

Ya con anterioridad la policía había comenzado a hostigarme, me seguían por donde iba sin disimular que yo era su objetivo. Desde que salía de la casa hasta que regresaba a ella estaba permanentemente vigilado. Yo hice la denuncia ante el Juez Penal del municipio de los seguimientos de la policía y de las advertencias de los sicarios. Hablé también con el alcalde diciéndole que sabía que me iban a matar y que la policía estaba implicada. Me dijo que iba a averiguar. El pueblo fue militarizado, trajeron un batallón de Manizales. De los planes para matarme también sabían los conservadores del pueblo, pero ya a mi papá nada le dijeron. Yo tampoco le comenté nada a mis familiares para no preocuparlos.

Yo había optado por salir de Pensilvania, mas era tarde. Sentía que más fácil se atentaría contra mi vida en la carretera que en el pueblo, ya que son parajes solitarios y no habría siquiera testigo alguno. Sicológicamente me preparé para lo peor. Para evitar que el miedo me paralizara empecé a hacer mucho ejercicio físico en el caso de que me tocara correr. Salía de mi casa a las ocho de la mañana, me iba a la oficina y regresaba a las cuatro y media de la tarde.

Un miércoles, el 13 de mayo de 1987, antes de ir a mi casa fui a visitar a un amigo médico que trabajaba en el hospital, y me invitó a que fuéramos a jugar baloncesto un rato. Le dije que no podía, me despedí de él sin darle explicaciones y me fui a casa. Llegaron a buscarme un grupo de jóvenes, porque yo dirigía la Junta Municipal de Deportes y no había vuelto a las reuniones; me pidieron que los acompañara, al menos media hora. Miré por la ventana y vi que había dos policías frente a la casa. Me animé y salí pensando que no podría estar encerrado siempre; me puse una camiseta y encima una ruana; me dirigí a la oficina pendiente de la acción de los policías, uno de ellos entró al Comando para avisar que yo había salido de casa. Hicimos la reunión, y en veinte minutos me desocupé. Al cerrar mi oficina vi que bajaba por un lado del parque el Comandante de la Policía con siete agentes; cuando llegué a la esquina subían otros cinco policías. Le pregunté a alguien en la calle qué pasaba y me dijo que se había ordenado recoger la policía y concentrarla en el cuartel.

Me tomé un café en una cafetería frente a la plaza principal. En la otra esquina vi al jefe de los sicarios, al muchacho que era mi amigo, Amado Cardona, conversando con el Comandante de la Policía. Lo acompañaban dos extraños que en los días anteriores había visto rondando por la oficina. Recordé lo que me habían advertido de los sicarios del Valle, me afané y decidí partir hacia la casa.

Llegando ya a la esquina de la cuadra de mi casa vi a otros dos sujetos que no había visto en el pueblo. Sentí mucho miedo, me desvié y entré a la casa cural. Esperé algunos minutos y salí. Los dos tipos se habían percatado del sitio donde me encontraba, empezaron a hacerme gestos ofensivos, como para que yo no dudara de que a mí era el que buscaban. Volví a entrar a la casa cural y cerré la puerta; me quedé unos diez minutos en el corredor, pendiente de sus movimientos a través de una ventana que daba sobre la calle; pasaron, se detuvieron un instante, pero continuaron bajando la calle. Aproveché para salir de la casa cural y los seguí a distancia; los vi entrar al hotel donde estaban alojados.

Cometí el error de no entrarme a la casa en ese momento que tuve la oportunidad, me quedé retando el miedo que me embargaba haciéndoles el seguimiento de lo que estaban haciendo. Volví a ver a Amado atravesando la plaza en compañía del Comandante de la Policía. Los extraños volvieron a salir del hotel, esta vez en compañía de un muchacho del pueblo. Los vi también atravesar la plaza en dirección contraria al sitio donde me encontraba. Me despistaron y pensé que iban a matar a otra persona. Recordé los gestos insultantes que me habían estado haciendo minutos atrás e hice el razonamiento estúpido de que sólo querían amedrentarme, ya que para matarme no me parecía lógico que anunciaran mi muerte de manera tan descarada. Decidí seguirlos para asegurarme que no era yo el que tenía una cita con la muerte. Al llegar a la otra esquina de la plaza, otro sicario del pueblo llegó al mismo sitio viniendo por otra calle que allí desembocaba. Llevaba ruana como yo y sombrero blanco, y al encontrarnos de frente los dos nos asustamos. El tipo me hijueputeó y se abrió a un lado, y yo cogí hacia el otro. Corrí y me entré al local donde teníamos "El Ventorrillo", que quedaba en un subterráneo; encontré a varios amigos, pero a

ninguno le comenté lo que estaba pasando. Eran ya casi las 7:30 de la noche, y le dije a Nicolás, el muchacho que administraba el negocio, que saliera y me dijera si veía algo extraño en la calle; me dijo que el Comandante de la Policía estaba con Amado en una cafetería del frente y había dos desconocidos parados en la esquina.

Decidí quedarme en "El Ventorrillo", dándole tiempo al tiempo, esperando que se marcharan. Me puse a conversar con una amiga mía de Pensilvania, a la que tampoco le comenté nada sobre la situación que estaba viviendo; estaba esperando que llegara Alberto, un amigo que trabajaba conmigo en la oficina de abogado, y que tenía el hábito de tomarse allí un café cada noche antes de irse a su casa. El Comandante de la Policía envió a dos de sus agentes al "Ventorrillo" para que se percataran con quién yo me encontraba, me vieron con mi amiga, y ya sabían que normalmente yo la llevaba hasta la casa. Yo esperé a mi amigo hasta las nueve y media, y esa noche no llegó. Le pedí a Nicolás que volviera a mirar si los tipos todavía se encontraban ahí, me alivió con la noticia de que ya no se encontraban, y salí en compañía de la chica.

Caminamos algunos metros y vi al Comandante de la Policía, todavía en compañía de Amado, en otra esquina; me excusé con mi amiga porque no la acompañaría hasta su casa, previendo que los sicarios pudiesen estarme esperando allí; le pedí que siguiera conmigo, que quería buscar a Alberto en otra cafetería un poco más abajo. Uno de los sicarios, que esperaba que yo volteara con ella en la esquina hacia su casa, nos vio seguir de largo por una calle que a esa hora es normalmente concurrida. Yo vi detrás una sombra moverse con rapidez y tomé el centro de la calle en el mismo momento me hicieron el primer disparo, que me dio en la espalda a la altura del hombro. Se me incrustó en la clavícula. y desde entonces ahí llevo el plomo conmigo.

Yo sentí como si se hubiese producido un derrumbe gigantesco, y que yo caía a un precipicio con árboles, piedras y tierra negra, entre mucha tierra negra. Caí al piso y mi instinto de conservación me hizo levantarme y correr cubriéndome la cabeza con la ruana. No podía correr bien porque sangraba, más que correr, en realidad gateaba. El sicario se me acercó y me hizo un segundo disparo a boca de jarro sobre la cabeza. La bala penetró la ruana, me rozó la cabeza y me partió una oreja. Aunque me rozó el cráneo, arrastrándome el cuero cabelludo, no perdí el conocimiento; seguí gateando, pude correr un poco y le gané dos cuerpos. Lo alcancé a ver, llevaba un sombrero blanco y una ruana negra. Lo miré a la cara en el momento en que me apuntaba para hacerme el tercer disparo: se cubrió el ojo izquierdo con una mano, y con la otra tendió el revólver hacia mí, apuntándome hacia las piernas para herirme en ellas y evitar que yo siguiera corriendo. Yo salté en el momento de la detonación y una muchacha que por allí pasaba fue la que recibió el disparo en una pierna.

El desconcierto cundió, todo el mundo corría y gritaba. Yo seguí avanzando, pero ya arrastrándome, arrastrándome. El sicario me alcanzó de nuevo y me hizo un cuarto disparo en la cabeza, que yo trataba de proteger con la ruana; el disparo penetró la ruana y arrastró consigo otra parte de mi cuero cabelludo. Yo seguí arrastrándome y me hizo un quinto disparo, que no me tocó y un sexto que me entró en el estómago. Habiéndome disparado la carga completa de su revólver, el tipo me dio por muerto y se fue buscando la huida. Yo alcancé a llegar a una cafetería, y allí intenté sentarme en una silla, pero caí al suelo. Un profesor del Instituto Politécnico me reconoció y dijo "Este es Giraldo, el abogado, el hijo de don Alvaro. Rápido traigan un carro". Me subieron a un campero. Yo seguía consciente, en la mano llevaba un libro de poemas de Benedetti, que no había soltado, y que agarraba con fuerza, con la ilusión de que la vida no se me escapara. Les pedí insistentemente en el trayecto al hospital que no dejaran entrar la policía, que ellos eran los responsables del atentado. Ya al llegar al hospital perdí el conocimiento.

Me desperté el miércoles a las cuatro de la tarde, embotado por la anestesia y recuperándome de las intervenciones quirúrgicas que me habían salvado la vida. Me contaron que esa madrugada, al haberse enterado los sicarios de que yo seguía con vida intentaron entrar al hospital para ultimarme. Amado llegó a las cinco de la mañana con dos sicarios más. Pero un hermano y mis amigos, previendo que eso pasaría consiguieron armas prestadas y se dispusieron a defenderme; cuando intentaron ingresar al hospital mi hermano disparó al aire y los sicarios huyeron.

Al tercer día de mi hospitalización me agravé, por lo que el médico sugirió que lo mejor era que me llevaran a Bogotá. Me sacaron en una ambulancia, y como por el camino me fui inflamando y me iba muriendo tuvieron que entrarme al hospital de Guaduas, Cundinamarca, donde estuve en recuperación un día. Luego, en la capital, me llevaron a un convento. Finalmente me internaron en el hospital San José durante un mes.

6. De cómo un narcotraficante transformó Pensilvania. Muerte de Don Darío, Presidente del Concejo.

A los ocho días del atentado contra mí me llegó la noticia de que habían asesinado al Presidente del Concejo Municipal de mi pueblo, que era del Partido Conservador, don Darío Maya. Lo asesinaron porque no había estado de acuerdo con el asesinato que se planeaba en mi contra. Les dijo que yo era un hombre bueno, hijo de don Alvaro Giraldo, que era un personaje del pueblo; que tuviera una ideología de izquierda no daba para que se dijera que yo era un jefe guerrillero, y otros argumentos que no convencieron al Comandante de la Policía y a los otros que patrocinaban mi muerte, entre ellos un mafioso del pueblo, de apellido Patiño, un narcotraficante de mucho dinero que corrompía a la Policía y al Ejército poniéndolos a su servicio. Los batallones de Manizales y de Pereira se comportaban como sus guardias privados y él los recompensaba patrocinando el paramilitarismo, realizándoles juergas y agregándoles recompensas monetarias que no se soñarían sumando sus sueldos de toda una vida de trabajo.

Don Darío Maya era más radical en sus ideas conservadoras que mi padre, pero era un hombre servicial, bueno en términos morales, en términos cristianos. Era un hombre rico, pero se desprendía en muchas ocasiones de su dinero para darle de comer a los pobres, para realizar cuanta obra de caridad fuese necesaria. Don Darío, además, quiso frenar el proceso de descomposición social que empezaba a vivirse en el pueblo por las cantidades de dinero que el mafioso hacía circular. Éste realizaba fiestas en la plaza, mataba marranos para todo el mundo, y ofrecía por su cuenta todo el trago que el pueblo quisiera beberse. El narcotraficante se fue adueñando de los destinos del pueblo. Don Darío no podía hacer arrestar a Patiño porque las autoridades lo respaldaban; pero sí le pidió, en reiteradas oportunidades, de manera privada y pública, que pusiera fin a sus pachangas en la plaza principal, que ese no era el comportamiento tradicional del pueblo, que generaba un espíritu licencioso y corruptor acabando con la tranquilidad de la población. Que si quería hacer sus fiestas las hiciera adentro de las paredes de su casa.

Como Presidente del Consejo, don Darío se opuso reiteradamente a que se autorizase al mafioso celebrar sus fiestas públicas. Logró que en varias sesiones del Concejo se aprobara la interdicción de utilizar la plaza principal para esos espectáculos que resultaban bochornosos, para que no pervirtiera a la juventud, que fácilmente se dejaba atraer por la rumba y el alcohol gratuitos. De la noche a la mañana Pensilvania empezó a cambiar radicalmente: de ser un pueblo tan tranquilo que parecía un seminario abierto, donde el único ruido destacable era el toque diario de las campanas llamando a misa, de repente pareció un burdel. El narcotraficante importó prostitutas de la capital, abrió cantinas, y decenas de borrachos empezaron a amanecer dormidos en las calles. Junto con sus dineros, el mafioso también importó los sicarios. A Patiño, acostumbrado a que le obedecieran, se le rebotó la copa cuando don Darío no estuvo de acuerdo con que me asesinaran; por eso ordenó su muerte.

No obstante, el asesinato de don Darío fue presentado a los medios de comunicación como una retaliación de la guerrilla por el atentado que yo había sufrido. Así, el mafioso y el Comandante de la Policía mataban dos pájaros de un solo tiro. Todos tendrían que quedar conformes con la explicación.

Sin embargo después se filtró que hubo problemas internos entre la policía y los sicarios. El que tenía que entregarles el dinero como pago de sus crímenes era el Comandante de la Policía, quien a su vez les había entregado las armas.

Cuando intentaron cobrar el dinero que les debían por el atentado en mi contra, el Comandante de la Policía se negó porque yo había sobrevivido. Los sicarios se negaron a devolver las armas que eran de dotación oficial.

Los sicarios estaban molestos porque no les pagaban el dinero acordado, y el Comandante de la Policía igual porque no le devolvían sus armas de dotación. Éste decidió entonces eliminarlos: a Amado le pegaron cinco tiros, pero no murió. Los otros sicarios le montaron un atentado al Comandante de la Policía, pero éste se salvó: le lanzaron una bomba al carro, y murieron dos agentes. Preocupados por el rumbo de esos enfrentamientos internos, el narcotraficante convocó a una reunión al Comandante de la Policía del Departamento de Caldas y al Comandante del Ejército. Se pusieron de acuerdo y pararon las retaliaciones. Sin embargo, los mafiosos tienen enemigos en todas partes, y Patiño, dos meses, después fue asesinado en una calle de Pereira.

El Comandante de la Policía fue trasladado, ni siquiera fue investigado. Cinco años más tarde me citaron al juzgado para que me hiciese un reconocimiento médico de las lesiones que sufrí. No habían abierto investigación, el proceso se encontraba en preliminares. Ningún procesado, ningún detenido. En la Procuraduría tampoco se había abierto ninguna investigación disciplinaria. Casi diez años después todo sigue lo mismo.

7. De cómo terminé mi recuperación en un hospital de guerra en Moscú.

Producto del atentado mi mano izquierda quedó inmobilizada. El disparo que me quedó en la clavícula había previamente atravesado un pulmón e interesó el nervio del movimiento de mi brazo. Según los médicos, la dirección con la que entró ese disparo era mortal, se desvió al pegar con una costilla. Toda la dirección de la Unión Patriótica me visitó en el hospital: Jaime Pardo Leal, su presidente, asesinado cuatro meses después, en octubre de 1987, Aída Abella, Jesús Aníbal Suárez, entre otros. Para posibilitar la recuperación de mi brazo me consiguieron un tratamiento en un hospital de la Unión Soviética.

La sorpresa de encontrarme compatriotas.

Llegué en julio de 1987 a un hospital de Moscú. Inicialmente me internaron en un pabellón donde nadie hablaba español. Tenía como compañeros de cuarto a heridos de la guerra de Afganistán. Al iniciar el tercer mes ya me pude levantar de la cama y recorrí otros pabellones. Para mi sorpresa me encontré otros compatriotas que estaban en recuperación, ya que habían recibido atentados como el que yo había sufrido. Recuerdo a Alirio Traslaviña, el dirigente agrario del Magdalena Medio, quien había sobrevivido a un atentado; a Eusebio Prada, también dirigente agrario, colonizador de los Llanos. En esa época, casi todos los días llegaban colombianos abaleados de diferentes regiones del país. Era un hospital de guerra: allí habían vietnamitas, filipinos, salvadoreños, argentinos y chilenos que habían sido torturados y estaban en proceso de recuperación física o psicológica.

Mis impresiones de la Perestroika.

Estuve tres meses en el hospital, tiempo que fue suficiente para recuperar mi salud y el movimiento de mi brazo. Luego tuve un mes de descanso, en el que me enviaron a una zona del Mar Negro, donde pude disfrutar una maravillosa temporada de otoño en una casa de campo. Regresé a Moscú. Fluía la Perestroika en la vida individual y colectiva de todos los soviéticos. Una expresión del Glasnost de Gorbachov se resumía en la calle Arbak, donde habían manifestaciones de muchachos pintando, dibujando, cantando, bailando, en las que aparecían igualmente las primeras expresiones de la economía informal. La calle me hizo pensar en las épocas en que turcos y moros invadían las calles con sus cachivaches y mercancías. Era una calle que expresaba muy bien la ebullición de una nueva mentalidad que daría al traste con todo el orden social construido desde la Revolución de Octubre. Se sentía que la sociedad estaba sacudiéndose de una carga en que la burocracia socialista había congelado las ideas y el amor. La más grande revolución desde la revolución francesa se sepultaría porque de ella sólo se conservaba el cascarón. El pueblo hacía muchos años había dejado de estar representado en el poder.

8. "Salí de Guatemala, para meterme en Guatepeor".

Con estas impresiones, y pensando en el mejor quehacer político para los colombianos, regresé a finales de 1987 y estuve un mes en Bogotá sin definir el camino que cogería. La dirección de la Unión Patriótica me propuso diferentes alternativas: Urabá, Huila o Meta. Opté por el Meta porque me ofrecieron un cargo público como juez de Ejecuciones Fiscales. Llegué a Villavicencio sin conocer a nadie; además no me gustaba la tierra caliente. Como dice el dicho "Salí de Guatemala para meterme en Guatepeor". Ya habían matado, en 1986, a las figuras más importantes de la Unión Patriótica en el Meta: al senador Pedro Nel Jiménez, al representante a la Cámara, Octavio Vargas, a Laso, el dirigente de Co-Vivienda, a Bonilla, etc. Cuando llegué, el rosario de muertos de la Unión Patriótica era cosa de todos los días.

Para mi adaptación, por fortuna, en la casa donde fui a vivir encontré unas paisas que, como yo, eran producto de la colonización antioqueña, cuyas familias habían ido a dar a Risaralda, ellas habían nacido en Pereira. Así que me posibilitaron una adaptación menos brusca. Yo no salía sino a mi trabajo, y de él me volaba para ir a los juzgados, a las procuradurías; pero concluida la jornada regresaba a la casa, no aceptaba invitaciones ni para tomarme un café. Tal vez ese hábito me ha salvado la vida, porque a la mayoría de los compañeros los mataron tomándose una gaseosa o una cerveza en cualquier establecimiento público. Yo me la pasaba encerrado, con un miedo que no le confesaba a nadie. Si se caía siquiera una hoja de un árbol que había al frente de la casa, yo pensaba que venían por mí; si un gato caminaba en el techo yo creía que ya eran mis últimos momentos. Durante los dos primeros años no podía pasar una buena noche. Poco a poco me fui acostumbrando.

Como yo era abogado, los familiares de las víctimas empezaron a buscarme para hacer memoriales a los juzgados, a las oficinas de Instrucción Criminal, a las procuradurías, a las prisiones; en fin, a todas las instancias jurisdiccionales. Comencé a combinar mis responsabilidades de mi función pública trabajando en la asesoría jurídica y prestando apoyo a las víctimas de la violencia. Desde el 87 a la fecha he estado ininterrumpidamente acompañando a los familiares de las víctimas en su duelo y en sus reclamos de justicia.

Desplazados ayer y desplazados hoy, los círculos infernales de la violencia.

Empecé a entender el Llano y conocer su historia a través de las víctimas de la violencia. Me encontré con Eusebio Prada, quien algunas veces bajaba a Villavicencio y me conversaba sobre la historia de la colonización. Él fue un dirigente histórico en los Llanos y, en compañía de, entre otros, Luis Mayusa, dirigieron la colonización del Llano. Eusebio bajó en las primeras marchas campesinas de los años cincuenta que salieron del Tolima, por la ruta de Uribe, y de San Juan de Arama. Llegaron hasta Medellín del Ariari y allí instalaron sus carpas (entonces se llamaba Bocas de Monte, junto al río Ariari). Eusebio era un hombre de muchas querencias, querido por tirios y troyanos por su bondad. Él condujo las marchas históricas de la Macarena y del mismo Ariari. Lo paradójico de la historia de Eusebio es que salió con su familia huyéndole a la violencia de mitad de siglo; cuarenta años después tuvo que dejar el pueblo que él ayudó a fundar, huyéndole a la nueva violencia, cruzó de nuevo la cordillera y regresó al Tolima de donde había salido.

Otro ejemplo de la inversión de los desplazamientos forzados es el caso de Luis Mayusa, quien también bajó del Tolima y se fundó en los Llanos. Ahora los paramilitares le quemaron la finca y le ocuparon su casa en Vistahermosa. Le tocó igualmente regresar a su sitio de origen, a recomenzar desde cero, llevando encima el dolor de cuatro décadas de sacrificios perdidos. Igualmente los campesinos que bajaron en las marchas de Sumapaz y de Villarica en los años '59, '60 y '65, y que se fundaron en el Llano, otra vez la violencia los está desplazando al sitio de donde partieron. Ésta ha sido una constante en muchas familias que bajaron de la cordillera al Llano para salvar sus vidas, y ahora se vuelven a desarraizar por el mismo motivo; se repite un círculo vicioso en la historia con múltiples tragedias ignoradas.

9. El matrimonio, las hijas, las vicisitudes de mi vida familiar.

Cuando llegué al Llano no tenía la intención de quedarme más de un año, pero el contacto con los sindicatos agrícolas y los campesinos me fue abriendo un horizonte de luchas épicas con las que me fui identificando. Igualmente mi relación con la Federación de Trabajadores del Meta en respaldo a la educación sindical me hizo sentirme útil. Mi compromiso con la gente, el amarrarme a sus luchas fue acompañado de un proceso de enamoramiento paulatino de la región. La inmensidad del Llano, su exotismo, eran para mí fantasías inexploradas, sus paisajes son embrujadores.

Todo ello me ató. Además me parecía que la idea de irme de allí, con tantos compañeros muertos, era como dejar abandonadas sus memorias, las luchas por las que entregaron la vida. Si sobrevivía yo, era como un acto de cobardía que no me perdonaría nunca. Hay además una tradición en el Llanero de ser un hombre de palabra, un hombre Hombre, que por tanto no se amilana ante las adversidades, sino que se crece ante ellas. Eso es muy marcado, y me creó el complejo de que dejar el Llano era tanto como disminuirme en mi virilidad. Me parecía una cobardía pensar en irme frente a las personas que aún sabiendo que iban a matar no se resignaban, ni renunciaban a su lucha, sino que, por el contrario, aumentaban sus esfuerzos de tal manera que cuando les llegase la hora de morir, por lo menos vencían moralmente sobre sus criminales.

Entre la tragedia nació el amor.

Mi decisión de quedarme en el Llano fue bien recompensada, porque tengo una esposa maravillosa y dos niñas que son los luceros de mi corazón en estos años de oscuridad. La conocí en una noche inolvidable, no solamente por ella, sino que esa misma tarde había quedado en ir a la casa de Ricardo Rodríguez Henao, un abogado amigo, también de la Unión Patriótica, que llevaba la parte civil del proceso contra Víctor Carranza. Ricardo se sentía acorralado porque la persecución contra él se adelantaba de manera muy descarada pese a sus denuncias y protestas, él sabía que lo iban a matar. Yo lo había visitado el día anterior, y estaba en un estado de estrés, que si no lo mataba Carranza lo iban a destruir sus propios nervios. Quedé en visitarlo el día siguiente, que era un viernes. Vivíamos muy cerca, apenas a media cuadra de distancia.

Dio la casualidad que ese viernes saliendo del trabajo, a las seis de la tarde, llegó a buscarme una compañera de trabajo político, Eybar García. Su esposo, Carlos Covas, que fue Presidente de la Asamblea por la Unión Patriótica, había sido asesinado. Me pidió que la acompañara a la casa, que ese día estaba cumpliendo años, y que quería hacer una reunión pequeña con amigos. Le advertí que tenía una reunión con Ricardo, pero insistió tanto que pospuse mi visita acordada para más tarde. Allí llegó Mariela, la muchacha que sería mi esposa. Yo la había visto trabajando en la Alcaldía pero sólo nos habíamos hecho ojitos; existía un previo gusto mutuo que no habíamos tenido oportunidad de expresarnos. A las 10:30 yo quise irme para donde Ricardo a cumplirle la cita, cuando llegó una amiga con la noticia de que a Ricardo lo habían volado con todo y familia en su apartamento. No sabíamos si estaban vivos o muertos. Averiguamos: los llevaron a una clínica, y sólo habían recibido heridas menores. Se salvaron porque la bomba que les colocaron en el centro del techo del apartamento rodó al alero frontal, y allí fue donde hizo explosión. La onda explosiva rompió la pared de entrada y los lanzó a ellos contra la pared del fondo, algunas esquilas les hirieron y quedaron cubiertos de escombros. Empecé a hacer todas las gestiones del

caso para sacarlos de la ciudad, para que entretanto recibieran la protección que hasta el atentado se les había negado. Conversé con el Gobernador, con el Director del Das, pero no pudimos conseguir un avión para enviarlos a Bogotá; finalmente los pudimos sacar en un carro con escoltas. A los días se fue del país al exilio con su familia (la embajada de Francia le facilitó la salida).

Nos encontramos con Mariela el domingo siguiente y fue otro encuentro de emociones fuertes, ya que uno de sus hermanos venía de morir de cáncer. La acompañé al entierro y le ayudé a consolar su tristeza. Luego nos seguimos viendo, nos hicimos novios, y después de año y medio resolvimos casarnos. Nos casamos en 1990 por la iglesia, y mis hermanos sacerdotes celebraron la ceremonia.

A los bebés hay que hablarles y cantarles desde la concepción.

A los pocos meses Mariela resultó embarazada. Fuimos muy cuidadosos con su embarazo: ninguno de los dos teníamos idea de las cosas especiales que teníamos que tomar en cuenta para que naciera un bebé o una bebé saludable. Hicimos muchas lecturas conjuntas. Yo, todas las noches le leía cuentos infantiles al pie del regazo de mi esposa a la criatura en gestación; le conversábamos ambos, le cantábamos y yo me acercaba al vientre de Mariela para hablarle al oído a mi bebé. Desde que la concebimos tuvo un encuentro con sus papás, sostuvimos un diálogo con ella. Cuando la criatura nació, ya parecía que nos conocía, se sonreía cuando le hablábamos, de tal forma que entendíamos que hablaba con nosotros. Nació riéndose, con los ojos abiertos y con un gesto de alegría que recibimos como un saludo. Yo estaba tan feliz, tan emocionado que no me había preocupado de saber si era niña o niño. La tuve media hora en mis brazos, y cuando llegó su abuela, la mamá de Mariela, me la arrebató para descubrirle el sexo. Cuando anunció que era una niña se me vino a la cabeza el nombre de Natalia.

Natalia nació al año de nuestro matrimonio. Le pusimos ese nombre a raíz de una de las protagonistas de una película que me impactó muchísimo, que marcó mi vida: "Garullas no entierran todos los días", de Julio Scusick. El personaje principal era una mujer de mucho valor, de mucho amor. Nunca pude recordar su nombre, y el único que me venía a la cabeza era el de Natalia, por eso le pedí a mi esposa que la llamáramos así. Ella no quería, pero acordamos que la suerte decidiera, así que hicimos dos papelitos, con el nombre que ella quería para la bebé y con el mío. Se los dimos a la abuelita, y al escoger, Natalia resultó ganadora. Para que Mariela no se sintiera derrotada acordamos que la segunda niña que tuviéramos llevaría el nombre que ella quisiera. No tuvimos que esperar mucho porque a los dos años volvimos a tener una bebé. Lamentablemente, sin los cuidados que pudimos dispensarle a Natalia. Ello se nota en la diferencia de los temperamentos; aunque yo intento, cuando estoy con ellas, brindarle un poco más de tiempo a la pequeña.

Yo siempre he querido estudiar pedagogía y sicología en los niños, pero el trabajo no me lo permite. He leído algunas cosas, pero siempre termino echándome en cara el que no puedo compartir con ellas la vida como debería. El complejo ha estado en la mitad, atravesando nuestras relaciones: mis responsabilidades como funcionario, mi trabajo político y mi defensa de los derechos humanos. En el agite de mi vida, ahora, en esta obligada pausa por mi salida del país, mi familia ha estado hablándome en sueños. Lo reflexiono para intentar, a mi regreso, una distribución equilibrada de mis responsabilidades. Que no implique sacrificar las personas que amo, ni las ideas por las que lucho, ni la causa por la que han perdido la vida tantos compañeros y amigos.

El costo de encerrarse para proteger la vida, el sacrificio de la familia.

Mariela me reclama, con razón, que no tenemos una vida de pareja socialmente hablando: no vamos a un cine, no vamos a un baile, no vamos a un parque. No hacemos ni recibimos visitas. Nos hemos encerrado en una vida de paredes por la tensión misma de saberse condenado a muerte. Nuestra vida es una vida de encierro, no podemos pensar en ir a un paseo ni al campo, ni en la propia ciudad. No me gusta salir con las niñas para no arriesgarlas. No puedo siquiera salir a comprarles un helado. Eso me ha ayudado a permanecer vivo, pero con un costo muy grande para la salud familiar. Tenemos momentos de tensiones colectivas en que por el encierro quisiéramos explotar, quisiéramos tirarnos por las ventanas e irnos a cualquier lado. Como no puedo salir con ellas, yo les pido a sus tíos que las lleven los fines de semana a pasear a algún parque.

Mis niñas se han apegado mucho a mí. Cuando yo estoy en la casa no se quieren separar un momento de mi lado, y no se quieren dormir sino en mis brazos. Es una actitud muy posesiva, normal, a la que se suma también Mariela.

La vida se me ha vuelto últimamente una especie de infierno. Hace mucho rato que no sé lo que es caminar tranquilo por una calle, o ir a un cine, o entrarse a un bar a tomarse una cerveza. Vivo en medio de traumas, con los dolores propios y con los dolores ajenos. Mi vida familiar es conflictiva, no porque

tenga problemas de pareja con mi esposa o con mis hijas, sino por el encerramiento, porque la vida social es para nosotros prácticamente inexistente.

No puedo renunciar a lo que soy como hombre y como persona.

Mariela se descontrola en momentos de crisis muy tenaces, en los que en medio de su desespero me exige que nos vayamos, que nos larguemos ya. Me reclama que me retire de mis actividades políticas y de derechos humanos como única manera de salvar mi vida. Yo le respondo con obstinación recordándole que ella sabía en lo que yo estaba cuando nos conocimos y cuando decidimos casarnos; que yo no me puedo retirar de mi lucha, porque ella es parte de mí mismo; que yo no puedo renunciar a mis convicciones, a lo que soy como hombre y como persona. Evito en lo posible que se entere de los hostigamientos y amenazas que con frecuencia recibo. Sin embargo, la desestabilización más grande se produce cuando se intensifican las persecuciones en mi contra y cuando ella responde las llamadas telefónicas en las que se me insulta de las peores maneras y se anuncia mi muerte.

Las dificultades de tener guardaespaldas.

Hace tres años tengo que andar con un par de escoltas, pero yo les dejo descansar los fines de semana porque tienen hijos, porque tienen esposas, porque también tienen familia que atender. Sería injusto someterlos al ritmo de mi tragedia. Además pesa también que no me gusta tenerlos a mi lado, porque es como la privatización de la vida y la invasión obligada de tu intimidad. Con escoltas se rompen los espacios de tu sociabilidad, te toca aceptarlos como imperativo de subsistencia, pero tú sientes que te están robando tus espacios de vida, que ellos te acompañan porque les toca y te cercan físicamente. Los guardaespaldas se introducen en tu unidad familiar y en tu círculo de amigos de tal forma que te vas sintiendo asfixiado. También es degradante en el sentido de que constantemente, y aunque no hablen, te están recordando la cercanía de la muerte, con sus gestos, con sus armas, con sus movimientos; eso afecta también a tus hijos, a todos los que te rodean. Mis niñas me preguntan, por ejemplo, que para qué son las armas, que por qué esos señores armados me acompañan. Yo me hago nudos en la cabeza tratando de explicarles sin violentar la fantasía de vida a la que tienen derecho. Todo eso produce un fenómeno de tensión permanente y desestabilización muy tenaz en el conjunto de la unidad familiar.

Mis hijas y mi esposa deben saber que yo siempre estoy y estaré con ellas.

La parafernalia de mis responsabilidades laborales, de mi compromiso por los derechos humanos, del compromiso político, me ha dejado poco tiempo para dedicarme a mi familia. En estos dos meses que he estado en Europa, en que he podido liberarme de mis intensas jornadas; he percibido la necesidad de consagrarle más tiempo, más espacio a mis hijas y a mi mujer. Tengo un apego muy grande por ellas. Son el principal fundamento de mi existencia, son mis razones esenciales para vivir. Yo creo que ellas me comprenden cuando no estoy a su lado. En mi lucha las involucro, no quiero que mis niñas crezcan en una sociedad descompuesta.

Yo quiero ser un buen padre de familia, sin que ello implique sacrificar mis responsabilidades sociales y políticas. Debo propender por un equilibrio para continuar asumiendo mis responsabilidades, de tal forma que aunque yo no esté, mis hijas y mi esposa sepan que yo estoy siempre con ellas. Por ahora mis hijas siguen enfermándose cada vez que mis obligaciones me alejan de la casa más de ocho días. Tenemos una relación fuerte y fina, y ellas y Mariela entienden cuánto las amo.

Debo hablar con mi familia sobre la posibilidad de mi muerte.

A mi regreso debo socializar con mi familia la discusión sobre los riesgos de mi actividad en la defensa de los derechos humanos y de mi compromiso político. La verdad es que no lo he hecho hasta ahora como debería hacerlo. Cuando me inquieran sobre ello evado las respuestas de fondo. Lo he hecho conscientemente para evitarles sufrimientos adicionales a los que ya reciben por las noticias. Aunque ahora estoy más decidido a plantear el tema abiertamente con ellos, tengo que discutir con mi esposa, con su familia, que también es la mía, y con mis padres. Hasta el momento no lo he hecho, consciente de que le hago el quite a la situación porque me vería constreñido, de una u otra manera, a abandonar a mucha gente querida que espera que alguien esté al frente luchando para evitar que nos pisotee el terror.

El esquema de la vida es tan relativo, tan casual, que cuando mi familia me plantea el tema de la posibilidad de la muerte yo les respondo con el ejemplo de los 107 pasajeros del vuelo de Avianca que murieron en vuelo al estallar una bomba que llevaba. Estas personas murieron sin que tuviesen nada que ver con la defensa de los derechos humanos, ni estaban involucrados en una actividad política de oposición. El riesgo de morir en un atentado en Colombia es igual para cualquier ciudadano como para uno. Con este tipo de ejemplos encuentro un escape para calmar las angustias y presiones de mis familiares. Somos tan frágiles que la vida misma en nuestro país se vuelve deleznable.

10. En el Meta, y en general en el Llano, su gente y su naturaleza son fuentes de libertad y riqueza.

El Meta, y en concreto Villavicencio, son la puerta de entrada de los Andes a los Llanos colombiano-venezolanos. Los Llanos comprenden en Colombia toda la Orinoquía, y forman parte de esta vasta extensión territorial, además del Meta, los departamentos de Vichada, Vaupés, Guaviare, Arauca, Casanare y parte del Caquetá, donde la amazonía comienza a formar otro conjunto geográfico. Los Llanos orientales tienen la identificación de una cultura, una misma idiosincrasia, un mismo folclor, unas tradiciones de llaneridad en que la música se funde con el paisaje y con las formas económicas de la ganadería. En ellos, además, se encuentran varios pueblos indígenas que conservan su lengua y sus costumbres, desgraciadamente en proceso de extinción.

El Departamento del Meta está atravesado en buena parte por la Cordillera Oriental. Su desarrollo urbanístico se encuentra principalmente en el piedemonte. Tiene además la Sierra de la Macarena, con una biodiversidad de la más ricas del planeta. Sus inconmensurables sabanas han sido repartidas en latifundios, cuenta con ríos en los que se puede hacer navegación (por ejemplo el río Meta que atraviesa Venezuela y va a desembocar al Atlántico); igualmente están los ríos Ariari y Guayabero, que tienen importancia histórica.

El Llano es tierra de libertad.

La región del Ariari es zona de colonización campesina que se desarrolló desde los años cincuenta y sesenta. Comenzando los años setenta este proceso empató con la colonización del Caguán por la vía del Caquetá y de Vistahermosa. Son dos colonizaciones campesinas históricas. Otros hablan también de la colonización guerrillera, asentados en los márgenes de la Macarena, y en municipios como Mapiripán, La Uribe y Vistahermosa.

El Llano se ha conocido como una tierra de libertad. Hay una costumbre, en la llanura, de que cuando los muchachos comienzan su adolescencia se les suelte en la sabana para que se defiendan: el territorio sin fronteras visuales se convierte en un reto para dominar la libertad. La sensación es la misma de una barquita que se echa a navegar en la inmensidad del mar. Los hombres del Llano son hombres recios, de estructura delgada pero de fibra consistente. Desarrollan mucho el tema de la hombría, de la machera, de la berraquera, del dominio de la naturaleza y de bestias como el caballo y el toro. Ello se expresa en eventos como el coleo, que es el dominio de los toros, y del jaripeo, que es el dominio de los potros salvajes. Su música, el joropo, es un ritmo acompasado al paso del caballo, es un galopeo.

El Llanero está amarrado a la naturaleza, sus paisajes son verdaderos paraísos, son exóticos en todo el esplendor de una belleza abierta. La connotación libertaria está muy vinculada con el desarrollo de las gestas de la independencia de la corona española en el siglo anterior; no hay que olvidar que desde estas tierras partió la ruta libertadora de Simón Bolívar, que de manera gloriosa concluyó en la Batalla de Boyacá en 1819, y que en dicho triunfo fue decisiva la participación de los lanceros llaneros.

Experiencias guerrilleras del Llano de mitad de siglo.

De otro lado, el Llano ha sido territorio de reserva de las guerras civiles que desarrollaron los patriarcas liberales y conservadores en la segunda mitad del siglo anterior y comienzos del presente. Volvería a ser escenario de una de las guerras civiles más cruentas en la llamada Violencia de mitad del presente siglo. Cuando asesinaron a Gaitán en 1948, Eliseo Velásquez se alzó en armas y se tomó la población de Puerto López, instaurando un gobierno popular de varios días, tras lo cual fue detenido y puesto preso en una cárcel de Villavicencio; en el país, en diferentes sitios se levantaron insurrecciones, entre ellos en esta ciudad en la base de Apiay se levantó el Teniente Silva, se tomó la cárcel y liberó a los presos. Entre ellos estaba Guadalupe Salcedo, quien después sería el Comandante General de las guerrillas liberales del Llano, y el propio Eliseo, que también alcanzaría renombre por sus luchas.

Las guerrillas liberales tienen una característica, y es que son guerrillas de familias. Son famosas las guerrillas de los Loaiza, de los Fonseca, de los Bautista, etc. Se multiplicaron no tanto por una vocación insurreccional, sino por la necesidad de defender la vida ante las grandes masacres que propiciaban los conservadores; aunque tuvo dirigentes ideológicos que trataron de darle un rumbo hacia la toma del poder, como Eduardo Franco Isaza y el abogado y escritor antioqueño José Alvear Restrepo. Éste último impulsaría una legitimidad institucional de las mismas que desembocaron en las famosas "Leyes del Llano", de naturaleza revolucionaria. Estas guerrillas fueron impulsadas por los terratenientes liberales, pero poco a poco se proyectaron con una fuerza popular de tal envergadura que las élites se asustaron y decidieron ponerles fin promoviendo un golpe de Estado militar que pusiera fin al régimen conservador y que llamara a una amnistía a los alzados en armas. Tuvieron vigencia desde el '48 hasta el '53, cuando la mayoría de los líderes decidieron deponer las armas frente al nuevo gobierno que se anunciaba de reconciliación nacional.

Desmovilización guerrillera y colonización.

Después de la entrega de las guerrillas liberales, el departamento del Meta quedó dividido con un nuevo mapa político. La zona histórica de aristocracia llanera, San Martín y San Juan de Arama, todo ese eje que partía de Villavicencio en dirección a Puerto López, Puerto Gaitán y Granada, quedó en posesión de los liberales. Los conservadores que bajaron por el Upía con sus bandas armadas de Boyacá, los famosos "pájaros", se instalaron en las zonas del piedemonte, en Restrepo, en Acacías, Guamal, Cubarral, El Dorado y en Villavicencio. El río Ariari se convirtió en una especie de muro de contención de las movilizaciones de campesinos liberales que, huyendo de la violencia atroz que se desató contra ellos en el Tolima, bajaron desde los '50 por la cordillera Oriental, pasaron por Mesetas y la Uribe, y fundaron Medellín del Ariari. De allí se extendieron por la Bocademonte, Puerto Caldas, Canaguaro, y promovieron desde allí todo el proceso de colonización campesina hacia toda la montaña que era selva vírgen.

Esto es muy importante destacarlo, porque va a definir los nuevos niveles de la confrontación política que se darían años después y que todavía perduran, o mejor, que tienden a profundizarse.

La mayor parte de los comandantes guerrilleros que se amnistiaron fueron poco a poco siendo asesinados de una u otra manera. El golpe de gracia lo dieron contra Guadalupe Salcedo, asesinado en Bogotá después de que saliera de una reunión de la Dirección Liberal Nacional. Guadalupe había subido para exigir al Gobierno el cumplimiento de los acuerdos que había asumido con la desmovilización guerrillera. El asesinato político volvería a repetirse décadas después contra otros guerrilleros desmovilizados.

Surgimiento de los nuevos grupos guerrilleros.

En los años 59 y 60 el gobierno desarrolló un proyecto reformista en la colonización del Ariari para prevenir otros estallidos de violencia. Se creó la Caja Agraria, se organizó el Incora, se implementó el Plan de Rehabilitación y Socorro con funcionarios y profesores de la Universidad Nacional. Se quiso promover una nueva colonización, pero la colonización ya estaba hecha y dirigida por los sindicatos agrarios que fundaron antiguos guerrilleros liberales, como Plinio Murillo. También en estos años estuvo Jacobo Arenas, que más tarde sería uno de los más célebres comandantes guerrilleros de la nueva época.

Quedaban en el país algunas regiones donde subsistieron grupos de guerrilleros que fueron evolucionando hacia formas de vida comunitaria de naturaleza comunista, en los que desarrollaron programas productivos y formas de autodefensa. Se habían asentado en Villarica, en otras partes del oriente del Tolima y en Sumapaz. Estos grupos fueron cercados y bombardeados por el Estado, lo que dio lugar a lo que en el país se conoce como las "Columnas de Marcha", en que centenares de familias huían de la represión estatal. Algunas de estas columnas se establecieron en la zona del Guayabero, en el Pato, en Marquetalia, en las zonas de frontera entre el Caquetá, Huila y Tolima, donde siguieron desarrollando sus formas de autodefensa. Los volvieron a bombardear, esta vez con la intención por parte del gobierno de aniquilamiento absoluto, y con la concentración más grande de soldados que se hubiese registrado en la historia del país.

Los supervivientes, cansados de huir y entendiendo que el régimen no los dejaría nunca en paz, convocaron una conferencia, que llamaron del Bloque Sur, donde se fundaron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -Farc- en 1964. En el Meta se instalaría la comandancia guerrillera de esta organización, que se conoce hasta hoy como el Secretariado, en la zona de la Uribe.

Del 65 al 85, veinte años de relativa tranquilidad y prosperidad del movimiento popular en el Meta.

Sin embargo, desde el 65 hasta el 85 el departamento del Meta gozó de una relativa paz; fue una etapa de formación y crecimiento del movimiento social y popular. Había confrontaciones esporádicas con el Ejército, pero no se presentaban los asesinatos políticos, ni había un proceso de exterminio contra la población civil, ni se presentaba la liquidación de los dirigentes cívicos ni agrarios. En este lapso florecieron, por el contrario, los sindicatos agrícolas en todo el departamento bajo la dirección de Luis Mayusa, Eusebio Prada, Jorge González, los hermanos Malagón, la familia Vargas. La guerrilla realizó un proceso de reforma agraria con los campesinos en lo que se ha llamado como la colonización agraria armada. Se logró desarrollar una agricultura de subsistencia y de mercadeo.

El Meta es uno de los primeros productores del país de arroz, de palma africana, de algodón, aunque ahora ha disminuido mucho por efecto de la política neoliberal implementada por el Gobierno de César Gaviria, que ha afectado mucho el campo. Se produce mucho maíz, mucho frijol, sorgo, cacao, plátano y café. Es uno de los primeros productores del ganado que abastece a Bogotá y sus alrededores. Sus ríos producen, además, mucho pescado. El Meta es una despensa alimentaria para sus habitantes, que son setecientos mil, para el centro del país.

Produce además gas, que se lleva a Bogotá, aunque paradójicamente, los pueblos que están alrededor de los pozos gasíferos no se benefician de su consumo. Tiene pozos petroleros en producción en Apiay, en Villavicencio, en Puerto Gaitán, y recientemente se han descubierto los mayores pozos petroleros del país en Medina, que queda entre Cundinamarca y el Meta, que se llaman Coporo I y Coporo II, y otros descubiertos en la propia ciudad de Villavicencio, que se llaman Anaconda I y Anaconda II. Sin embargo, pese a tanta riqueza, el desarrollo de la región es deplorable. A la corrupción política se ha unido el problema del narcotráfico, el paramilitarismo y los intereses de las multinacionales.

11. El paramilitarismo desangra el Departamento.

La primera zona de la cual recibí mucha gente fue de la región de San Martín, Meta, donde el paramilitarismo empezaba a asentarse.

En los años sesenta los campesinos sembraban marihuana en las sabanas de San Juan de Arama, en la Macarena y en Vistahermosa. Luego, en los setenta, se produjo un proceso de sustitución de cultivos, y en lugar de marihuana empezaron a sembrar coca. Leónidas Vargas y sus hermanos, que sembraban coca en el Caquetá, la introdujeron en la Macarena y en la Serranía.

Gonzalo Rodríguez Gacha, alias "El Mexicano" primer promotor del paramilitarismo.

El tristemente célebre Gonzalo Rodríguez Gacha, miembro del Cartel de Medellín inició allí su carrera de mafioso, primero traficando con marihuana y luego con cocaína. En zona rural de San Martín tenía una edificación con helipuerto, a la que no se podía acceder por tierra sino por agua; se le conocía con el nombre de "La Casona".

Rodríguez Gacha era originario de Pacho, Cundinamarca, donde después montó otro imperio paramilitar con el Ejército en toda la región de Rionegro. En 1979 ya era un hombre multimillonario mezclado con las élites del poder. Por intereses estratégicos del Ejército de controlar el Magdalena Medio llegó a Puerto Boyacá para financiar el paramilitarismo. Contribuía a la lucha contrainsurgente al tiempo que aseguraba la protección de la Fuerza Pública para afianzar sus redes de narcotráfico. El General Harold Bedoya Pizarro, el hoy Comandante del Ejército, era entonces Comandante de la VII Brigada. En relación estrecha con Rodríguez Gacha montaron los primeros grupos paramilitares en Puerto Boyacá.

Esa experiencia paramilitar de Puerto Boyacá, que les dió resultado porque aniquilaron toda forma de expresión popular, la trasladaron a San Martín. El paramilitarismo, en realidad se exacerbó en todo el país a raíz de los Acuerdos de Paz en 1984 entre las Farc y el Gobierno. Entonces se desató un proceso de guerra sucia que estamos viviendo hasta hoy, en particular con el nacimiento de la Unión Patriótica como alternativa política al dominio tradicional de liberales y conservadores, y se recrudeció en el Meta porque allí se había alcanzado una de las votaciones más altas en todo el país.

El aniquilamiento de la Unión Patriótica en San Martín.

En las elecciones de 1986, de los diez concejales elegidos en el municipio de San Martín, ocho eran de la Unión Patriótica. Aún entonces los alcaldes no los elegía el pueblo, los nombraba el gobernador. El alcalde era del partido liberal, y él mismo contribuyó a orquestar la eliminación de sus adversarios políticos del nuevo partido. Empezaron las amenazas, las desapariciones, los asesinatos; sobre todo en la región del Ariari que era zona de colonización de campesinos que años atrás habían huido de la violencia de otras regiones del país.

San Martín es uno de los pueblos más antiguos del país, tiene 450 años. Representa como ninguno la tradición del Llano, y dentro de sus tradiciones está la de afirmarse como un pueblo liberal. Por lo tanto, sus caciques no aceptaban que les surgiera un grupo de oposición, y menos de izquierda. San Martín ha sido el santuario de la rancia aristocracia terrateniente de los Llanos. Su poderío político se daba por sentado, y la democracia los hacía tambalear. La élite vivía en el pueblo, pero colonos y peones en el campo; cuando se les dio la oportunidad de votar lo hicieron de manera casi aplastante por el nuevo partido político.

Recuerdo la primera comisión de cinco personas, pertenecientes a una Junta de Acción Comunal Campesina, que llegó de Mapiripán (que hoy es municipio, pero antes era un corregimiento de San Martín) con el propósito de registrar la renovación de su junta. Yo había estado en la asamblea en la que se eligió. Llegaron a la Alcaldía de San Martín y de ahí mismo los desaparecieron. Los obligaron a subirse a un carro escoltados por varios hombres armados. La esposa de uno de los campesinos, que esperaba a su marido afuera, contempló cómo los sacaron del palacio municipal y cómo los obligaron a subirse al vehículo. Los buscamos e hicimos las denuncias. Nunca los encontraron y la justicia nunca operó.

Al finalizar 1988 ya habían exterminado a la Unión Patriótica en San Martín, quedaba la población campesina de Mapiripán que era considerada zona roja e incontrolable a corto plazo; por lo tanto,

decidieron segregarse este corregimiento con la intención de mantener la tradición "democrática" de la mayoría liberal. Lo mismo habían hecho en 1959 con el municipio de "El Castillo".

Políticos y militares deciden en el Meta el genocidio contra la Unión Patriótica.

En San Martín, en la hacienda Matupa, de más de 50 mil hectáreas, propiedad de Hernando Durán Durán, dirigente nacional del Partido Liberal, Jorge Ariel Infante Leal, dirigente departamental, Elio Vigildo Gutiérrez, dirigente departamental del Partido Conservador, y otros dirigentes de ambos partidos del Meta, se reunieron, a finales de 1986, con los comandantes de la IV División y de la VII Brigada del Ejército para decidir el exterminio físico y político de la Unión Patriótica. En las elecciones de ese año los liberales habían perdido un senador, y los conservadores un representante a la Cámara; también tuvieron tres diputados menos, habían perdido el control sobre diez alcaldías y más de cien concejales. Era el capital democrático recogido por el nuevo partido político. De la participación política departamental, la Unión Patriótica alcanzó el 40% del respaldo popular en las urnas con posibilidades ciertas de seguir creciendo.

La política genocida la volvieron a ratificar en una reunión en Villa de Leyva, Boyacá, en la que participaron el Presidente Virgilio Barco, el ministro de Gobierno, Lemos Simonds, el general Harold Bedoya (entre otros altos mandos militares), y los políticos que antes mencioné.

Rodríguez Gacha salió del Meta y montó su centro de operaciones en Pacho, extendiendo su radio de influencia a Yacopí y Cimitarra. Era ya un hombre con mucho poder, comprometido en estructuras de carácter nacional y transnacional. Tenía un imperio territorial de paramilitares, y un emporio de exportación de droga que lo acercó a Pablo Escobar.

El exterminio se traslada a Vistahermosa y el Castillo.

Una vez 'limpiado' de oposición San Martín, tomaron como blanco El Castillo, en el que comenzaron a masacrar a mucha gente. Pero, sin embargo, el caso más extremo en el 87-88 fue el de Vistahermosa: en el lapso de un año hubo más de trescientos muertos. La matazón se produjo porque en las elecciones del '86 la victoria de la Unión Patriótica fue total. En la población no votaban más de mil personas, pero en esas elecciones votaron seis mil; casi el cien por ciento por el nuevo partido. Además, fue allí donde los guerrilleros de las Farc descendieron de la montaña para vincularse al trabajo político legal, según los acuerdos de tregua con el gobierno.

La matazón fue tan grande que el pueblo quedó dividido por el río Hueja. A un lado quedó la oposición social y política: los sindicatos agrarios, los dirigentes cívicos, los colonos y los miembros de la Unión Patriótica que, ante el exterminio, crearon sus grupos de autodefensa y pidieron auxilio a la guerrilla; del otro lado del río se establecieron los paramilitares, el Ejército y la Policía. Ninguno se atrevía a pasar de un lado al otro. El río Hueja se convirtió en una frontera de guerra. En Puerto Lucas el Ejército y los paramilitares montaron su base; del otro lado del río, la guerrilla de las FARC hizo lo propio. Se creó una especie de 'muro de Berlín', que aunque no se veía, todo el mundo lo sentía. Los niños que iban a la escuela tenían que hacer grandes rodeos para poder asistir a clases.

El municipio del Castillo ha sido históricamente (y aún sigue siéndolo) el más golpeado, porque allí nació la colonización del Ariari, porque allí nació un poder social con los sindicatos agrarios, porque desde allí se abrió el proceso colonizador de todos los Llanos. Por tener una base social tan sólida, la más organizada del movimiento popular del Meta, donde hay un proceso de asentamiento familiar de dos o tres generaciones. Por todo ello es que el tejido comunitario no ha podido ser roto pese a todos los golpes que les ha propinado el terrorismo de Estado.

En Vistahermosa no se pudo organizar una resistencia civil de la comunidad, como sí ha sucedido en El Castillo. Me explico la situación en el hecho de que los colonos llegaron apenas en los años setenta. Allí llegó gente del Huila, del Tolima, de Boyacá, de Caldas, de Cundinamarca, de Santander. No habían lazos de comunidad que pudiesen perdurar.

Yo estuve en Vistahermosa en 1987 y regresé dos años después, en 1989. Llegué al parque del pueblo y sentí el tremendo impacto social de la violencia política: todo era desolación, sólo se veían perros hambrientos y burros flacos. En casi todas las casas se leía: "se alquila", "se vende", "se permuta"; las casas estaban vacías, y sobre las puertas habían clavado maderos para afirmar que aquel pueblo se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma. Sólo encontré dos cantinas abiertas con un grupo de ancianos jugando billar. No había un sólo joven. No había una mujer. No había niños. No había futuro.

Rodríguez Gacha cede sus acciones en el paramilitarismo a Víctor Carranza.

Los grupos paramilitares, para 1989 habían extendido su presencia en las sabanas de San Juan de Arama, en los municipios del piedemonte llanero en Cubarral y en El Dorado; en Lejanías, en Mesetas, en El

Castillo, en la Uribe, en Granada. Para ese año, la acción paramilitar quedó reflejada en la gran cantidad de muertos y en la pérdida de la Unión Patriótica de las alcaldías de San Juan de Arama, de Lejanías, de Vista Hermosa, de Puerto Gaitán.

Aunque Rodríguez Gacha no hacía presencia regular en el Meta, seguía financiando los grupos paramilitares, conservaba una hacienda a quince minutos del casco urbano de San Martín, y viajaba con alguna frecuencia a descansar. A Rodríguez Gacha lo asesinaron en 1989, y quien lo sucedió en el liderazgo paramilitar en el Llano fue Víctor Carranza. Carranza tiene su asentamiento en Puerto López, que se extiende hasta Puerto Gaitán en límites con el Vichada. Allí montó Carranza su cuartel general, trajo mercenarios israelíes, uno británico y otro australiano. Se acompañó de Ariel Otero, ex-oficial del ejército quien había desarrollado las estructuras paramilitares del Magdalena Medio. Con la muerte de Rodríguez Gacha las escuelas del paramilitarismo se desplazaron de San Martín a Puerto López y Puerto Gaitán.

El movimiento popular de la región del Ariari sería decapitado casi en su totalidad, como en el resto del Meta. La región del Ariari comprende los municipios de Granada, El Castillo, Mesetas, Vistahermosa, La Uribe, San Juan de Arama, Puerto Lleras, Puerto Rico, Puerto Concordia, parte del Dorado, Cubarral y San Martín. Se le ha denominado como zona roja, zona de guerrilla.

Encubrimientos gubernamentales del paramilitarismo.

César Gaviria, cuando fue ministro de Gobierno en la presidencia de Virgilio Barco, denunció la existencia en el país de más de 150 grupos paramilitares, de los cuales doce corresponderían al departamento del Meta. Estanislao Zuleta, trabajando para la recién creada Consejería Presidencial de Derechos Humanos, en 1988, hizo un estudio sobre esa información partiendo de preguntarse quién le había entregado dichos datos al Gobierno. Habían sido el F-2, la Sijin y el Das. Estudió con particular atención el caso del Meta, porque de los doce supuestos grupos paramilitares del informe se hacía relación a siete 'frentes' que serían similares a los frentes guerrilleros que allí operan. Algunos de dichos 'frentes' serían : 'Frente Contrarrevolucionario del Meta', 'Frente por la Defensa de la Democracia', 'Frente por la Seguridad Nacional', 'Frente por las Defensas de las Tierras'. Zuleta dedujo que el lenguaje utilizado era el típico de la inteligencia militar. Los otros, que no se denominaron 'frentes', tenían nombres como Agujijón Negro, las Boinas Rojas, Mano Negra; estructuras parapolicíacas de los años sesenta y setenta.

La deducción de Zuleta era que dicho informe era un informe encubridor para desviar la atención sobre los verdaderos grupos paramilitares. En el Meta es claro que sólo ha habido un grupo paramilitar, que tiene diversas ramificaciones y formas operativas de actuar pero tienen un único mando, y sus bases han estado, y están, al lado de los batallones y las brigadas.

Uno de los ejemplos notorios es uno de los grupos paramilitares de Carranza, en El Dorado, que opera desde las minas de cal que están a tres minutos del casco urbano. Desde la alcaldía se ve la cima de las minas y abajo, antes de subir la montañita, hay una base militar. Carranza y el ejército extendieron desde 1989 el proyecto de guerra sucia a ésta zona. Del '89 al '92 liquidaron toda forma de organización social y popular en Mesetas. Desde El Dorado han desarrollado el aniquilamiento de lo que queda del movimiento popular y democrático en los municipios de La Uribe y El Castillo, que son los únicos que siguen conservando al frente de la administración municipal a representantes de la Unión Patriótica.

De la presencia política departamental no nos queda sino un diputado, Pedro Malagón, al que ya le han hecho tres atentados. Nuestra votación fue bajando en proporción al número de nuestros dirigentes asesinados. En los municipios en los que la Unión Patriótica fue totalmente eliminada, los paramilitares dejaron de tener presencia. Los liberales y conservadores, a fuego y sangre, volvieron a recuperar el control político total del departamento del Meta.

El accionar del genocidio contra la Unión Patriótica no ha sido una estrategia de guerra contrainsurgente, sino la aplicación burda de la guerra sucia patrocinada por la clase política, por los sectores hegemónicos tradicionales, por todos los poderes locales y regionales que no quieren que el país cambie. Sólo las víctimas y/o sus familias esperan que la justicia opere; pero detrás de la mano sicarial que empuña el arma asesina está todo el establecimiento cometiendo el crimen. El paramilitarismo no sólo es la confirmación de la ausencia de justicia, sino que es la 'justicia' que las élites le aplican al pueblo. Así opera la democracia en Colombia.

El paramilitarismo obedece también a un proyecto económico excluyente.

El paramilitarismo ha sido tolerado, promovido e impulsado por un Estado que pregona la guerra, que la practica contra sus propios ciudadanos. Sólo el movimiento nacional e internacional de derechos humanos ha impedido que se impulse de forma abierta, aunque ahora se vuelven a legalizar con las cooperativas de

seguridad rural. El paramilitarismo no es solamente un proyecto militar, es un proyecto económico que encaja bien con el sistema neoliberal: si todo se privatiza, ¿por qué no la seguridad? ¿por qué no la justicia? Detrás del paramilitarismo están las multinacionales petroleras, están los narcotraficantes, que en plena marcha continúan contra su proceso de contrarreforma agraria.

El Cartel de Cali ha penetrado en los Llanos, Meta, Vichada y Vaupés; ha instalado grandes laboratorios de procesamiento de cocaína. Lo ha hecho en alianza con los hermanos Vargas y con Carranza, quien les brinda protección interna con sus paramilitares, y externa con el Ejército. Han organizado un corredor aéreo y territorial que atraviesa los Llanos, entra al Magdalena Medio por Casanare y se mete a Boyacá, Santander, y parte del César por Arauca. Han venido adquiriendo, igualmente, todas las tierras donde se encuentran los pozos petroleros y las minas. Por citar un ejemplo, en Casanare, donde están los pozos de Cusiana y Cupiagu, a han desalojado a los campesinos, y se han instalado los hermanos Filiciano, hombres de confianza de Carranza, con el pleno respaldo del Ejército. El Gobierno le ha dado la explotación a compañías británicas, gringas y francesas. En Medina, en los pozos Coporos, también se han instalado. En el departamento, en los pozos Anaconda, la región es ya de dominio paramilitar.

Los Llanos Orientales son zonas de reservas petrolíferas amojonadas hace más de cincuenta años. Eso lo conocen las multinacionales, y por eso patrocinan este corredor paramilitar, así se utilice a la vez para la exportación de la cocaína. Con los militares, paramilitares y narcotraficantes, se identifican en que no tienen otra noción de patria que el dinero, y la soberanía la reducen a sus intereses bancarios. Las dimensiones de este corredor que desangra el país son inconmensurables: casi medio país está bajo el control de Carranza.

Carranza, además, es presentado como uno de los esmeralderos más grandes del mundo. Fortuna y fama que también ha construido con sangre. Siendo presidente Gaviria, cuatro

14. Relato de aquellas muertes que me desgarraron el alma.

La masacre en la que pereció Carlos Covas.

Estaba yo recién llegado a Villavicencio cuando se presentó una masacre de cuatro miembros de la Unión Patriótica, entre ellos el Presidente de la Asamblea Departamental, Carlos Covas Batista. Un hombre joven, ardoroso, que llevaba con mucha motivación la causa del nuevo partido político. Sólo hacía algunos días lo habían elegido a esa posición política, y en todos los círculos ya se daba por hecho que era un hombre muerto.

Recuerdo el día como si fuera ayer. Yo me desempeñaba en un cargo público en la Alcaldía Municipal. Ese día, Carlos me mandó llamar a su oficina para que le colaborara en la redacción de un proyecto para ayudar a financiar el Centro de Estudios e Investigaciones Sociales, capítulo Meta, que se ocupaba directamente del trabajo con el campesinado y con los obreros de Villavicencio. Yo daba cursos allí de formación sindical. Era viernes, estuvimos juntos toda la tarde trabajando sobre su idea. Se encontraba con nosotros Néstor Rojas, que había sido elegido alcalde de Puerto Gaitán, pero las elecciones se las habían robado y no lo dejaron posesionar; los votos de una vereda que le daban la mayoría los consideraron de otra jurisdicción y por lo tanto no válidos. Néstor era también muy joven, había estado trabajando allí varios años con los indígenas. Con él estábamos preparando una demanda ante el Contencioso Administrativo para que se le reconociese legalmente como alcalde. Nos acompañaba el escolta de Carlos y la personera de Vistahermosa.

Al terminar la jornada, hacia las 5:30 de la tarde, Carlos nos invitó a descansar un rato y a que nos tomáramos una cerveza. Yo vacilaba, pero la personera insistía en que nos encontráramos los cinco. Ella proponía un bar en especial, en el centro de la ciudad, al que proponía que fuéramos. Yo decidí regresar a mi oficina, en donde había dejado mis cosas, y les dije que más tarde los alcanzaría. En el trayecto me puse a pensar que al otro día debería madrugar, porque tenía un compromiso en Granada, Meta: había acordado un curso con el sindicato agrícola para los campesinos de la región. Me esperaban a las cinco de la mañana, porque la situación era muy complicada y más tarde ya rondaban los paramilitares, y de ahí tomaríamos otro camino a pie, a través de senderos, de trochas para no exponernos en la vía pública. Como tenía que salir a las tres de la mañana de mi casa, desistí de acompañar a mis amigos a tomarnos la cerveza, porque sin duda después de la primera es muy difícil despedirse antes de que ofrezcan la segunda. Al mismo tiempo decidí que lo mejor era irme enseguida para Granada. En el camino a la flota pasé cerca de donde se encontraban ellos y tuve la tentación de unirlos pero deseché definitivamente la idea pensando en las responsabilidades que me esperaban.

Llegué a Granada y escuché un 'extra, extra' de las noticias: acababan de masacrar a mis cuatro amigos en el bar donde se tomaban las cervezas. No pude regresar esa noche. A las cinco de la mañana tomé el primer bus, cuando llegué ya los estaban velando.

En la agenda de los documentos de la personera de Vistahermosa encontramos un recibo del ejército en el que se certificaba que a ella le habían pagado una suma de dinero en su condición de colaboradora. También supimos que era amante de un oficial del Ejército. Ella fue la que propuso el sitio donde seríamos atacados. Hacía parte del plan de los sicarios; con lo que no contaba es que a ella también la matarían para no dejar pruebas.

Para mí fue muy impresionante, porque eran las primeras personas de la Unión Patriótica con las que había tomado contacto, y aún estaba traumatizado por el atentado que había sufrido en Pensilvania. La muerte me seguiría acechando y cercando, haciéndole el quite donde otros compañeros caían y donde yo también debería ser una víctima. Empecé desde entonces a tener complejos por estar vivo.

El asesinato de Julio Cañón, alcalde de Vistahermosa, y otras desgracias de su familia.

Contra la familia de Julio el Ejército se ensañó: le mataron dos hijos, le desaparecieron otro, una finquita que tenía en Vistahermosa se la bombardearon, le mataron los animales, y a un viejito que les cuidaba, que era mocho de una pierna, lo asesinaron. A la viuda la obligaron a irse al exilio con el único hijo que les quedó.

A Julio lo mataron en 1988 siendo Alcalde. Se había vinculado con la Unión Patriótica desde su nacimiento, dos años atrás.

Vistahermosa fue el escenario donde los primeros seis guerrilleros de las Farc dejaron sus uniformes y armas bajando de la montaña e ingresando como civiles a la lucha política con el nuevo partido. Así estaba contemplado en los diálogos y tregua del gobierno de Belisario Betancourt con ese grupo guerrillero. Los seis constituyeron la primera Junta Patriótica del pueblo y los seis fueron los primeros masacrados por el Ejército. Yo no estaba, pero pude conocer los testimonios y ver las fotografías de sus entierros: fueron más de cinco mil personas que reclamaban justicia y que reclamaban paz. El Ejército decidió acabar con esa experiencia democrática.

Julio tuvo que crear su propio grupo de guardaespaldas, y en varias ocasiones tuvo que resistir desde la sede de la alcaldía los ataques armados del propio Ejército. Con frecuencia Julio subía a Villavicencio y a Bogotá para denunciar ante el Gobierno departamental y Nacional los asesinatos diarios y desapariciones forzadas que Ejército y paramilitares cometían contra la población; así como las amenazas y atentados de que él era objeto.

En uno de sus viajes de regreso pasó por la sede de la Unión Patriótica en Villavicencio. Yo me encontraba allí, y me dijo que pasaría a hablar con el Gobernador para que le facilitara dos escoltas y unos vehículos para poder desplazarse a Vistahermosa, porque intuía que iban a atacar contra él. El Gobernador le dijo que no podía colaborar sino con un escolta, y llamó al Jefe del Das para esos efectos; le negó de otro lado los carros. Julio nos llamó desde el despacho del Gobernador para decirnos que le tocaba irse en un bus de la Macarena a la una de la tarde.

Supimos después, por confesiones de uno de los sicarios, que la secretaria del Gobernador, María Cruz, una vez que Julio salió llamó a los paramilitares para informarles la flota y la hora en que se iría, además que estaba en compañía de otro miembro de la Unión Patriótica, y describió cómo iban vestidos. Dicha secretaria resultó ser amante de Víctor Carranza, y hoy todavía trabaja como secretaria en la Gobernación del Departamento del Meta.

Julio antes de tomar el bus volvió a pasar por la sede de la Unión Patriótica. Lo acompañaba como escolta otro compañero que sería asesinado tres años después en Mapiripán. Éste llevaba una camisa negra cuando entró y decidió cambiársela porque hacía mucho calor, lo que le salvaría la vida en esta oportunidad. Nos despedimos deseándole suerte, aunque la suerte de nada vale ante la crudeza del terror.

Diez minutos antes de llegar al casco urbano de Vistahermosa, cuando el bus iba por la trocha 32, fue detenido por un grupo de paramilitares. Cuando Julio se enteró que eran ellos, él se paró de la banca de atrás en la que iba, les habló a los que se subieron pidiéndoles que no había necesidad de que hicieran una masacre, que lo querían era a él, y que él se bajaba tranquilamente para que no dispararan allí adentro. Hicieron descender a todos los hombres del bus, y cuando un muchacho de camisa negra descendía lo fusilaron. Era el escolta del Das, asesinado por equivocación. Cuando Julio bajó lo fusilaron.

Me condolí mucho por la familia de Julio, en especial por su esposa, ya le habían asesinado a dos de sus hijos. Al año siguiente, viniendo de Vistahermosa para Villavicencio, pasando por la ciudad de San Martín, venía otro hijo de Julio en compañía de otro muchacho de la Unión Patriótica, hijo de Ediscinda Neira, dirigente agraria y concejal de nuestro movimiento político. Fueron obligados a bajar del bus en que se movilizaban en un retén de la policía. Desde entonces están desaparecidos.

Unos meses después le bombardearon la finca y le quemaron la casa. Se fueron al exilio con el huérfano sobreviviente, Cheiman Cañón, ayudados por la Acnur -Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados- y se radicaron en el Ecuador. Hasta allí llegó la persecución y la saña del ejército contra esta familia. En diciembre de 1995 fue secuestrado Cheiman con otros seis refugiados, entre ellos otro muchacho del Departamento del Meta, Guillermo Díaz. Todos habían recibido amenazas previas de Macogue -"Muerte a comunistas y guerrilleros"- que es uno de los nombres con que la Fuerza Pública realiza sus operaciones encubiertas. Los siete secuestrados fueron torturados por un capitán del Ejército colombiano que se desempeñaba como agregado militar de la embajada de Colombia en el hermano país. Este mismo oficial, siendo teniente, había quemado vivo a un sindicalista en la ciudad de Cúcuta. Para entorpecer la investigación, y de paso premiarlo, lo enviaron a una misión militar al Sinaí. A su regreso al país lo ascendieron a capitán y lo enviaron al Ecuador. Gracias a que las ONGs de Derechos Humanos del Ecuador se movieron muy rápido fue posible salvarles la vida, ya que la manera ilegal como habían sido retenidos hacía prever una desaparición forzada del grupo.

Un sicario de sobrenombre 'El Burro', quien participó en el asesinato de Julio Cañón, hizo parte de dicho operativo. Cheiman lo reconoció porque éste tenía cejas blancas y grandes orejas, lo que dio lugar al apodo con el que lo llaman. 'El Burro' amenazó con matarlo como había matado a su padre. Cheiman y su mamá tuvieron que irse al Canadá huyéndole una vez más a la muerte.

La primera masacre de Cañosibao.

Cañosibao es un sitio sobre una carretera destapada que queda al lado de dos barrancos. Es lugar ideal para las emboscadas, y allí se ha segado la vida de decenas de militantes de la Unión Patriótica. La primera masacre se perpetró con la intención de asesinar al alcalde. Ya dos habían sido obligados a renunciar a sus cargos producto de atentados contra sus vidas.

Los carros de transporte público del municipio del Castillo son camperos Uaz, carritos soviéticos que resisten la dureza de las trochas en el invierno. En esos camperos normalmente no caben más de ocho pasajeros, pero con carga incluida, y colgando de los lados como racimos, a veces montan hasta 20 personas. El alcalde Mazo salió de la alcaldía para pedirle al conductor del carro que estaba de turno que le guardara un cupo para él y uno de sus escoltas que más tarde salía para Villavicencio. Los sicarios se informaron que él salía en ese carro, y llamaron a Granada para describirle al grupo paramilitar el carro en el que viajaría el alcalde.

Mazo, por razones de su trabajo en la alcaldía no pudo tomar el campero que había anunciado, sino que se fue en el siguiente. Cuando el primer carro llegó a Cañosibao lo bombardearon, le lanzaron granadas y fusilaron a sus ocupantes. Murieron 17 personas, sólo se salvó una niña que quedó herida. Uno de los sicarios de los paramilitares terminó, sin saberlo, matando a su propio padre. Se ha conocido la noticia porque cuando se emborracha se le ha oído contar la historia mientras llora.

Que la masacre se trataba de un operativo coordinado con el ejército se evidenció cuando, a los cinco minutos de los hechos, el Comandante de la VII Brigada, Harold Bedoya Pizarro, produjo un comunicado atribuyéndole la matanza al XXVI frente de las Farc con el objetivo de encubrir a los verdaderos autores y desprestigiar de paso a la guerrilla.

Al año fueron capturados varios paramilitares y uno de ellos, Camilo Zamora, confesó la manera cómo lo habían planeado y ejecutado. Cuenta que lo hicieron quince hombres de los paramilitares de Granada, que un helicóptero de Víctor Carranza los recogió y los trasladó a una finca de Puerto López. La confesión y denuncia obra en un expediente judicial que adelantó la entonces Juez Cuarta de Orden Público.

De esta matanza me estremeció la insania criminal de los terroristas: sólo tenían como objetivo al alcalde, pero para eliminarlo no les importaba matar personas incluso ajenas a la política. Yo tuve acceso al expediente y lloré al comprobar que mataron a 17 personas sólo por vivir en un pueblo que votaba por la izquierda.

El asesinato de Luis Eduardo Yaya.

Luis Eduardo era dirigente de la Federación de Trabajadores del Meta. Era un forjador de sindicatos desde los años sesenta. Conjuntamente con Plinio Murillo impulsaron el sindicalismo agrario. También era fundador de la Central Unitaria de Trabajadores -Cut-, y miembro de su dirección. Cuando se desató el genocidio contra la Unión Patriótica, Luis Eduardo creó los primeros comités de Derechos Humanos en el Meta. En particular denunció de manera muy fuerte una masacre que cometió el Ejército en 1988 en el Alto Ariari, en la que acabaron con la familia de Belarmino Prieto: con él, su esposa y sus tres hijos. En la escena del crimen no les preocupó siquiera dejar evidencias de su participación y dejaron gorras, cantimploras y reatas marcadas con la identificación del Ejército Nacional.

Luis Eduardo denunció al ejército y a un grupo paramilitar de El Dorado y de Cubarral, entre ellos al Inspector de Policía de El Dorado por haber ejecutado la masacre. Él sabía que esa denuncia, además de su lucha sindical, le significaba una sentencia de muerte. Recibió las primeras amenazas y se le sacó de la ciudad. Pero no aguantó vivir fuera del Llano. Hay una ley inexorable de los Llanos que él asimiló: se debe tener valor, hombría para resistir hasta el final. Regresó y se compró una pistola para defenderse en caso de un atentado. Mi amistad con Luis Eduardo fue muy estrecha porque yo colaboraba en el Ceis, que tenía la sede en Festrám -Federación Sindical de Trabajadores del Meta- donde daba cursos sindicales.

Un mes antes de su muerte, Luis Eduardo salía del sindicato y se encontró con un sicario de frente. Los dos desenfundaron las armas, se apuntaron, y por miedo a matarse el uno al otro, ambos salieron corriendo. Quince días antes llegó a mi oficina muy pálido, a punto de desmayarse; me paré para tranquilizarlo. Dos sicarios lo habían ido a buscar a la Federación; unos minutos antes lo había llamado un periodista muy amigo para advertirle que para su oficina iban unos hombres armados. Él alcanzó a salir antes de que los sicarios entraran, previo a lo cual llamó a la policía. Lo que la gente testimonió es que la policía llegó y recogió a los paramilitares para decirles que tenían que aplazar el atentado porque habían sido descubiertos.

Ocho días antes de su muerte, terminando la reunión de un plenario de la Unión Patriótica, Luis Eduardo se paró a decirnos que lo iban a matar, que estaba claro que sería en esos días. Una semana atrás le habían retirado el escolta del Das. Almorzamos juntos ese día, en compañía de Ricardo Rodríguez. Yo le invité a comer frijoles porque le gustaban mucho (es lo que más conservo de mi ascendencia paisa: comerme unos buenos frijoles en buena compañía) y para conversar y analizar lo que podríamos hacer. Saliendo del restaurante, los hombres que iban a matarlo estaban rondándolo. En el momento, un Senador del partido Liberal por el Meta, Alfonso La Torre pasaba con sus escoltas y saludó a Luis Eduardo, al que conocía hacía varios años. Luis Eduardo tenía relaciones con la clase política porque había sido concejal de Villavicencio y diputado del Departamento por la Unión Patriótica. Luego supimos que no le dispararon por no matar al Senador.

El día de su asesinato yo salía a dar un curso al Ceis. Cuando iba a salir, a las 7:30 de la mañana, los vecinos vinieron a avisarme que habían atentado contra mi amigo, el que venía mucho a la casa. Yo estaba esperando que llegara mi escolta: salí de todas formas prevenido y vi en la esquina gente rara: corrí en la otra dirección y llegué al palacio municipal para hablar con el alcalde, que también era amigo de Luis Eduardo. Él consiguió un par de escoltas y un vehículo, y llegamos al sitio del atentado. Lo acababa de recoger un ambulancia que lo llevó al hospital; cuando allí llegamos nos informaron que acababa de fallecer.

Luis Eduardo salía de la casa manejando su carro, estaba echando reversa cuando llegó el primer sicario y le rompió el vidrio delantero. Luis sacó su pistola, pero no tenía ninguna experiencia en el manejo de armas. El sicario se la quitó, y con su misma pistola lo acribilló. Otros sicarios también se acercaron y le descargaron las armas. Los asesinos se movilizaban en un Toyota amarillo que dejaron más tarde abandonado en la ciudad. Lo recogió la Sijin y lo llevó a Puerto López, donde lo quemaron para no dejar rastro.

Una vez más habían sido inútiles todos los llamados de protección que hicimos al gobierno central y departamental. Todas las denuncias ante los aparatos de justicia y de control de nada valieron. Todos los llamados a la Fuerza Pública para que respetase y protegiese su vida fueron infructuosos.

El Gobierno Nacional se hizo presente en su entierro enviando como delegado al ministro de Trabajo para darle las condolencias a la viuda y a los huérfanos. Nos reunimos con el Gobernador, Carlos Javier Sandoval, para que nos dijera cuándo le iban a poner fin al genocidio. Sólo dijo que eso no era culpa de él ni de la Fuerza Pública.

Habíamos acordado pagar en las radios departamentales las ceremonias de despedida de Luis Eduardo. Nos encontrábamos discutiendo sobre esto, cuando casualmente uno de nuestros compañeros de la Unión Patriótica escuchó al Gobernador que hablaba con la secretaria, María Cruz, la misma del asesinato de Julio, advirtiéndole que cuando estuviese reunido con nosotros entrara diciendo que acababa de recibir una llamada del ministerio de Comunicaciones prohibiendo la transmisión radial de las exequias de Luis Eduardo por disposiciones del Estado de Sitio, que estaba vigente. Así, efectivamente lo hizo. El Gobernador Sandoval, con el mayor desparpajo de su cinismo criminal, nos dijo que lo sentía muchísimo, pero que cumpliendo órdenes superiores él no podía permitir que se transmitiera al pueblo Llanero la ceremonia de las honras fúnebres. Hicimos un mitin de protesta, se denunció la patraña, y finalmente terminaron aceptando que la ceremonia se pudiese transmitir.

En el entierro habló Manuel Cepeda, acusando directamente a la VII Brigada y a la IV División de ser los asesinos de Luis Eduardo y del genocidio contra la Unión Patriótica. La plaza estaba repleta, miles de personas que fueron a rendirle el homenaje de despedida a un hombre que luchó toda su vida por los derechos humanos de los trabajadores. También estaba completamente militarizada. El teniente Coy estaba al mando del operativo; después supimos que participó directamente en el asesinato del Senador de la Unión Patriótica, Pedro Nel Jiménez, en 1986; mientras Manuel hablaba se abrió paso con la tropa entre la muchedumbre haciendo ademanes de que irían a disparar. La gente huyó despavorida. No se mató a nadie más, pero se nos sabotó nuestra ceremonia. Terminamos reclusos en la iglesia bajo la protección del obispo.

Yo salí en ese entonces de Villavicencio durante dos meses; los otros miembros de la Dirección Departamental de la Unión Patriótica hicieron lo mismo. En mi ausencia mataron a uno de nuestros dirigentes, Jairo Cruz, nuestro tesorero, un muchacho de grandes calidades humanas, que se había quedado. Implementamos como costumbre retiros temporales en tiempos en que la represión incrementaba, como una manera de prolongar la vida sin dejar morir nuestro proyecto político.

En 1989 atentaron contra Humberto Orejuela, que era el único diputado que nos quedaba - el resto, para la época habían sido eliminados. Humberto fue uno de los guerrilleros reinsertados que había sobrevivido. Lo abalearon frente a su casa: recibió tres impactos de bala y se le pudo sacar a Bogotá, donde se le salvó la vida; sin embargo murió hace cuatro meses en una prolongada y dolorosa agonía.

Por los mismos días se atentó contra Jorge González, quien había sido parlamentario por la Unión Patriótica, que se salvó y salió de la ciudad. No hemos vuelto a tener noticias de él.

La muerte de Carlos Julián Vélez, masacre de su familia.

A Carlos Julián le tocó encargarse de la dirección de la Unión Patriótica en el Meta por simple sustracción de materia. Lo aceptó con la resignación de quien le da la cara a la muerte. Carlos Julián tenía herencia de lucha en la sangre: su padre es José Julián Vélez uno de los fundadores de Mesetas, de los hombres más queridos y respetados de la región.

Fueron múltiples los atentados que se fraguaron contra Carlos Julián: por lo menos en diez oportunidades pudo escapar de los sicarios. Siempre se movilizaba escoltado, y tomaba todas las medidas de seguridad que le eran posible en sus desplazamientos. Unas semanas antes de su muerte, Carlos Julián había visitado al ministro de Gobierno y al Procurador General de la Nación para pedirles que intervinieran para que se pusieran fin a los intentos de asesinarlo. A su regreso entró a Villavicencio a hablar con el Gobernador para exigirle lo mismo. Dos meses atrás, en Mesetas, en la sede de la Unión Patriótica, había recibido un atentado contra su vida. Unos soldados del Ejército, en compañía de paramilitares, lo intentaron asesinar. Él se logró fugar saltando por encima de los techos de las casas vecinas. Como no lo encontraron se llevaron detenidos a todos los que allí estaban acusándolos de subversión, pero ante el burdo atropello tuvieron que dejarlos en libertad.

Carlos Julián escribió una y otra vez a las autoridades denunciando y pidiendo protección porque su muerte era inminente. Se creía que los civiles demócratas del Gobierno podían evitar las muertes - vana ilusión frente a las maquinarias del terrorismo de Estado y de la impunidad. Sus desesperados llamados aceleraron, por el contrario, la fecha de su muerte.

A finales de 1991, saliendo Carlos Julián de su finca en Mesetas con un hermano, su esposa y sus dos hijos muy pequeños, una niña y un varoncito, fueron masacrados. La cobardía y felonía extrema de los paramilitares no les permitió tener empacho de disparar también contra los niños. Les ametrallaron, les lanzaron granadas. Sobrevivió el varoncito herido porque lo creyeron muerto.

Este vil atentado destruyó y desarraigó a la familia Vélez; tuvieron que dejar la región. José Julián, que es de ascendencia paisa, mantuvo la tradición del núcleo de la unidad de la familia extendida y reunida: cuando uno de sus hijos se casaba le construía una casa a un lado; así se mantenían juntos y se cooperaban mutuamente abuelos, hijos, esposas, nietos, cuñados, tías, etc. Todo lo que cosechaban, el ganado que levantaban, todo era para todos y lo conseguían con el esfuerzo de todos. Uno de sus hermanos, que quería entrañablemente a Carlos Julián, terminó perdiendo la razón.

Su padre, José Julián, no partió. Aunque su familia se disgregó, él continuó la lucha dispuesto a morir en el pueblo que él había fundado y donde fue derramada la sangre de sus hijos. Lo eligieron como alcalde de Mesetas. La persecución continuó contra él hasta el extremo ridículo de procesarlo por porte ilegal de armas, ya que tenía en la alcaldía unos revólveres viejos para intentar defenderse en caso de un atentado, y se los prestó al Personero y al Secretario de Obras Públicas del municipio para un desplazamiento; los detuvieron. José Julián, que esperaba que la justicia operara para investigar y procesar a los criminales de

sus familiares, se encontró con una justicia que en cambio fue efectiva para procesarlo y separarlo de la alcaldía por espacio de seis meses. Luego asesinaron al Personero, al Secretario de Obras Públicas, al Tesorero, y atentaron contra la vida de José Julián. Toda la administración municipal de la Unión Patriótica fue prácticamente aniquilada.

Nosotros recogimos la declaración de uno de los jefes paramilitares arrepentido, en la que narra cómo cada crimen era primero planeado desde la base del ejército en Mesetas, y de cómo coordinaban con la policía para que no se presentaran equívocos luego de las ejecuciones o masacres.

La cuarta masacre de Cañosibao, la muerte de María Mercedes.

Me encontraba yo en el despacho del Gobernador poniéndole al corriente de otros hechos de violencia contra miembros de la Unión Patriótica, cuando recibió una llamada en la que le anunciaban que hacía diez minutos se había producido una masacre en el municipio del Castillo. El Gobernador llamó inmediatamente a la policía y al ejército para que se desplazaran urgentemente al lugar por si había heridos que pudiesen salvar.

José Rodrigo, el esposo de María Mercedes, que vivía en Villavicencio, una vez se enteró que ella era una de las víctimas tomó un carro y se fue al sitio del atentado. Llegó a las ocho de la noche a Cañosibao. Ni la policía ni el ejército se habían hecho presente pese a los llamados del Gobernador, lo que indicaba su responsabilidad en la matanza. Cuando se les reclamó por qué no había ido dijeron que posiblemente era una celada de la guerrilla.

En esta nueva masacre en el Castillo murieron cinco personas: María Mercedes que era la alcalde saliente, William Ocampo, que era el alcalde electo, y otros militantes de la Unión Patriótica. Conocemos que en esta masacre participaron, entre otros, 'Rasguño', 'Puntillón', los hermanos Silva, paramilitares del Dorado. Luego de la matanza se refugiaron en el batallón XXI Vargas en Granada.

También como tantas, fue otra masacre anunciada. María Mercedes se había dirigido muchas veces al Ministerio de Gobierno, a la Fiscalía General, a la Procuraduría y a la Gobernación denunciando los planes que se conocían para atentar contra su vida.

Cuando fue electo William para suceder a María Mercedes, al pueblo del Castillo llegaron miembros de la policía y del ejército a indagar por los datos familiares del nuevo mandatario y las personas que lo acompañarían en la dirección de su gestión gubernamental. Sin reparos le solicitaron la información a la propia María Mercedes. Ella, por supuesto que los rechazó con base en los antecedentes de las masacres anteriores. Preguntándoles si era que también los querían matar, les recordó que en esas muertes había sido evidente la participación de la Fuerza Pública. Sobre estos hechos María Mercedes hizo las denuncias a todas las instancias correspondientes previendo que se venía venir un atentado contra las nuevas autoridades municipales.

María Mercedes tenía cuatro niñas. Mientras cumplía con sus responsabilidades políticas las había dejado a cuidar con unos amigos en una institución que se ocupa de los huérfanos de la violencia, evitando tenerlas a su lado para que ellas no corrieran riesgos. Estaba feliz porque al terminar su mandato podría reencontrarlas. Tampoco estaban con su padre, José Rodrigo García, porque éste era diputado por la Unión Patriótica en el departamento y corrían iguales riesgos.

El asesinato de José Rodrigo García.

José Rodrigo García había asumido, además, la dirección de la Unión Patriótica en el Meta. María Mercedes y José Rodrigo partían de la crudeza del terror de que podrían morir asesinados. Por eso, y para proteger sus cuatro niñas, decidieron separarse temporalmente de ellas. Es uno de los episodios más dolorosos de esta guerra sucia. Estaban preparados para asumir la muerte, y llevaron lejos a las niñas para que el impacto de un atentado no las afectara tanto.

Después del asesinato de María Mercedes, José Rodrigo se dedicó a que el múltiple crimen no quedara impune. Le entregó poder al Colectivo de Abogados en Bogotá, y él mismo adelantó una denuncia vehemente en la Asamblea Departamental. José Rodrigo utilizó toda la fogosidad que lo caracterizaba para hacerse escuchar y

17. Las esperanzas de que la justicia sí puede funcionar, la captura de 'Rasguño' lo demuestra.

'Rasguño' es el prototipo del perfecto asesino. Se jactaba en cualquier mesa en Villavicencio (porque andaba como 'Pedro por su casa') de tener en su haber más de 250 muertos de la Unión Patriótica; narraba en bares y discotecas sus 'hazañas' criminales. Llegó a convertirse en un dueño de vidas, de haberes y de haciendas. 'Rasguño' era el modelo nuevo del terrateniente mafioso, al que todo el mundo tenía que rendirle cuentas y pleitesía. Se conoce que en una oficina que tiene en Puerto López llegaban tantas

personas a demandarle perdón para que no las asesinaran, o para rogarle el favor de levantarle la condena de muerte a un esposo, a un hijo a un amigo, a un campesino, a un compadre; o a suplicarle que no les quemara el rancho o la finca, que tenían que hacer fila para que se les atendiese.

'Rasguño' es una especie de señor feudal con poderes extraordinarios, el gran inquisidor del paramilitarismo. Por casualidad, ya que no se trató de una política de la Fiscalía, llegó a Villavicencio un agente, en la organización de la jurisdicción Regional de Orden Público que se creó para los Llanos, un funcionario procedente de Bogotá al que se le encargó la dirección del Cuerpo Técnico de Investigaciones, C.T.I, de la Fiscalía. Este funcionario había tenido un hermano que fue víctima de un atentado, y el senador de la Unión Patriótica Hernán Mota le había ayudado a salir hacia Europa. No era un hombre de izquierda, pero el atentado contra su hermano lo había acercado a la dolorosa realidad del terrorismo de Estado y la impunidad. Creyó como funcionario que podía dar su modesto aporte en el cumplimiento de la ley para evitar que el crimen se siguiese enseñoreando sobre la institucionalidad.

Este funcionario honesto encontró en los Llanos un escenario propicio para cumplir con su vocación y rol de investigador. Decidió descubrir las tramoyas del paramilitarismo. Por su propia cuenta y riesgo fue metiéndose en los túneles del terror. Hizo uno a uno los seguimientos de las torturas, de las muertes, de las desapariciones, de las matanzas; de las expulsiones de los campesinos de sus tierras. Como nombre común siempre encontró a Carranza, descubrió los nexos de éste con políticos, militares, ganaderos, y pudo conocer la cúpula de todos los jefes paramilitares que orquestaba Carranza en los Llanos. Uno de ellos y el más temible era 'Rasguño'.

En sus indagaciones se entrevistó con dos prostitutas que le narraron cómo frente a ellas 'Rasguño' había torturado y asesinado a varias personas. Luego pudo llegar a muchas otras personas que le posibilitaron hacerse a una idea cabal de la peligrosidad de este hombre, de sus movimientos y rutinas. El investigador no podía actuar sin el consentimiento de su jefe; sin embargo, cuando se decidió a hablar con su superior ya tenía un acumulado de indicios y pruebas que obligaban a actuar como consecuencia de las mismas. El superior lo cuestionó, pero felizmente era un hombre honesto que no estaba comprometido con cosas sucias, como sus antecesores, que negociaban la inteligencia que hacían sobre traficantes de drogas y paramilitares. Decidió respaldar a su investigador, y una vez proferida la orden de captura contra 'Rasguño' procedieron a diseñar el operativo para apresarlo.

'Rasguño' se enteró de la orden de captura y salió del Meta, se fue a Boyacá, Puerto Boyacá, y luego a Bogotá, donde fue detectado por unas unidades del C.T.I. Se dio cuenta del seguimiento y regresó a Puerto López, donde se sentía más seguro. 'Rasguño' gustaba de la pelea de gallos, en las que apostaba grandes cantidades de dinero, se emborrachaba y echaba tiros al aire. Decidió asistir a una gallera rodeado de sus hombres de confianza: más de cuarenta paramilitares.

El Jefe de la unidad del C.T.I. se comunicó con el Ejército para pedirle protección, conociendo los riesgos del operativo, pero engañándolo porque sabía bien los nexos funcionales de la Fuerza Pública con Carranza y sus paramilitares. Les dijo que iba a realizar la captura de un jefe guerrillero. Y efectivamente, el Ejército salió presto a brindarle la protección que reclamaba el Fiscal.

El Fiscal llegó a Puerto López con sus unidades del C.T.I., y se metió a la gallera. Disimuladamente se acercó a 'Rasguño' como un espectador nuevo que quería apostar en la riña de gallos. Lo abrazó de espaldas, pasándole el brazo por encima, y antes de que sus guardaespaldas pudieran reaccionar le puso el revólver en la sien. El Fiscal le comunicó que estaba formalmente detenido. 'Rasguño' le respondió: 'Pues tendrá que matarme, hijueputa, porque de aquí no sale'. Pero los hombres del C.T.I. ya se habían posicionado en la gallera, de tal forma que los paramilitares no pudieron reaccionar. Lo sacaron y lo montaron en uno de los carros de la Fiscalía, mientras los agentes del C.T.I. evitaban que nadie se moviera en la gallera para que el carro en que se lo llevaban tomase una ventaja considerable.

Los paramilitares buscaron sus armas largas y organizaron la persecución en un convoy de dieciséis carros para intentar recuperar a su jefe. El Ejército estaba camuflado en la carretera esperando la llamada del director del C.T.I.. Éste les avisó por radio indicándoles que ya llevaban el 'objetivo', que ya se acercaba al punto convenido y que hicieran el escoltaje. Cuando el Ejército salió a brindar la protección, el convoy de los paramilitares ya estaba cerca. Los paramilitares no contaban encontrarse con el Ejército, y se volvieron. 'Rasguño' fue puesto prisionero: en este momento está siendo enjuiciado.

A los ocho días de haber capturado a 'Rasguño', el director del C.T.I. fue llamado por unos presuntos desertores del grupo paramilitar que opera en 'el Dorado', quienes le manifestaron que querían acogerse a la justicia y entregarle unos fusiles. Organizaron el encuentro y resultó ser una celada en la que pretendían asesinar al Fiscal por la captura de 'Rasguño'. Como se movieron con precaución pudieron darse cuenta de la trampa que les habían tendido.

Al investigador que recaudó las pruebas contra 'Rasguño' lo echaron del cargo; al director del C.T.I. lo sacaron de Villavicencio. Me buscó para contarme que estaba amenazado, y de paso pude conocer los detalles que he compartido en esta narración. Removieron todo el personal del C.T.I. que participó en el operativo.

18. El surgimiento del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta.

El Comité surge del encuentro de la necesidad sentida y compartida de hacerle frente a las violaciones de los Derechos Humanos y a la intensa violencia que azotaba y azota al conjunto de los Llanos. Empezamos a recibir las visitas de organizaciones internacionales de Derechos Humanos, como Amnistía Internacional, Américas Watch, Wola; nos visitaron igualmente organizaciones de la iglesia, como Pax Christi y otras delegaciones ecuménicas. Fue surgiendo el planteamiento de organizar comités de Derechos Humanos. No teníamos la percepción clara de una estructura organizativa. En principio, la idea que atravesaba todo el tema era la de un acompañamiento institucional de las víctimas en las denuncias, en las demandas, en las búsquedas, en la presentación de testigos y en su protección, en la ayuda a los desplazados.

Hubo personas que empezaron a crear comités de apoyo a Derechos Humanos, como Luis Eduardo Yaya, Ricardo Rodríguez y Henry Cuencas. De manera muy especial recuerdo a María Mercedes Méndez, quien fue una infatigable luchadora por la paz y los derechos humanos. En ese entonces no había asumido la alcaldía del Castillo, Meta. Vivía en Villavicencio representando la Unión Patriótica, como funcionaria pública de la Gobernación primero, y luego con el municipio de Villavicencio.

María Mercedes era una mujer incansable. Había sido religiosa de la misma comunidad en la que estuvo mi hermana; como ella, al retirarse de monja siguieron afianzando su fe en Dios a través del servicio a la comunidad, aunque por caminos distintos. María Mercedes era una mujer de una profunda sensibilidad social: luchó mucho por los niños huérfanos de la violencia, peleó con el Estado hasta que consiguió la ayuda de Bienestar Familiar para organizar un jardín en el que se atendían cincuenta niños. Trabajó de corazón con las mujeres de los sindicatos agrarios y con la asociación de mujeres demócratas del Meta. Ella fue una de las pioneras del movimiento de los Derechos Humanos en el Meta y del Comité.

También contamos con un grupo de médicos que atendían heridos, enfermos, lisiados y desplazados de la violencia. Esa atención los fue sensibilizando, y en el camino de la solidaridad nos fuimos encontrando. Ellos también fueron fundadores del Comité.

De otro lado recibimos el apoyo muy importante de la Pastoral Social de la Iglesia, que llegó a afectarse por las muchísimas familias que reclamaban de los párrocos, de las comunidades religiosas y de los obispos, una ayuda para salvar sus vidas o para desplazarse. La Iglesia sentía una presión social muy fuerte en las veredas, pueblos y regiones donde la violencia se extendía implacablemente. Recuerdo al párroco de Vistahermosa, que se enfrentó con el ejército. Fue hasta los batallones militares donde se escondían los paramilitares y les enrostró las numerosas muertes. Finalmente le tocó emigrar, cuando su feligresía había sido prácticamente exterminada y él mismo resultó amenazado.

La Iglesia comenzó relacionándose con ONGs de Derechos Humanos de carácter nacional, y promovió talleres y proyectos pedagógicos en 1989 y 1990. Nos encontramos en estas jornadas educativas y empezamos a tejer lazos de amistad, a compartir experiencias. Decidimos conjuntamente convocar una jornada de solidaridad con los presos políticos. La cárcel de Villavicencio se había llenado de campesinos a los que acusaban de subversión, y muchos otros que sí se reclamaban guerrilleros, provenientes de Arauca, de Casanare, del Vichada, del Vaupés, de Boyacá y del Meta. Fue una jornada que impactó, los sindicatos hicieron sus aportes, y hasta el propio comercio de Villavicencio colaboró con medicinas, elementos de aseo personal y ropa. De Bogotá nos acompañaron el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, el Colectivo de Abogados 'José Alvear Restrepo', y algunos abogados de la Unión Patriótica.

Esta jornada nos abrió el camino para la fundación del Comité Cívico de Derechos Humanos en el año de 1991. Nos dio el impulso necesario un sacerdote alemán, el padre José Otter, quien vivió veinte años en el Llano, de los cuales diez con las comunidades indígenas en Puerto Gaitán; él constituyó el aporte fundamental para que comenzáramos el trabajo del Comité. Nos prestaron los locales de la Pastoral Social para nuestras reuniones y nos dieron los muebles necesarios para instalar una oficina. Desde un comienzo

también ha estado con nosotros la hermana Nohemí Palencia constituyendo nuestro sostén espiritual, y materializando su inmensa fe en la defensa cotidiana de la verdad y de la justicia.

Nuestros primeros encuentros fueron bastante grandes, participaban 60 ó 70 personas representando diversas organizaciones. Tuvimos seis meses de intensas y enriquecedoras discusiones sobre el papel de una organización no gubernamental de derechos humanos en una zona de conflicto armado entre el Estado y la guerrilla, sobre el qué hacer por la vida y por la paz, sobre cómo ampliar nuestro radio de acción, etc.

Nos congregamos 35 organizaciones populares, sindicales, campesinas, luchadores por la vivienda, educadores, médicos, abogados, estudiantes, ecologistas, liberales, conservadores, gente de izquierda y religiosos. Era una gama de expresiones de la sociedad civil en el Departamento del Meta que nunca antes se habían congregado, lo que le daba la amplitud requerida para enfrentar un trabajo de retos mayúsculos. Empezamos un trabajo colectivo y silencioso en el que nos propusimos prestar el mayor servicio sin correr riesgos innecesarios. Comenzamos nuestro trabajo con la intención de recuperar los hechos de violencia política que se iniciaron desde 1986 con el genocidio político decretado contra la Unión Patriótica. Pero no nos ha sido posible: mantenemos un retraso de cinco años de violaciones sin documentar, impedidos por las violaciones a los derechos humanos de todos los días, que nos desbordan.

Hay que agregar que ninguno de nosotros era funcionario del Comité, ya que cada uno tenía otros trabajos que cumplir y no podíamos dedicarnos de tiempo completo. Nos encontrábamos después de nuestras jornadas laborales, desde la cinco o seis de la tarde hasta las nueve o diez de la noche, más los sábados y domingos. Luego pudimos conseguir presupuesto para mantener una persona como funcionario en la atención permanente de la oficina para recibir las llamadas y las denuncias.

Luego de tener afianzado nuestro trabajo decidimos la presentación pública del Comité ante las autoridades locales y departamentales. Comenzamos con las organizaciones de control del Ministerio Público, las procuradurías, luego la Alcaldía, y por último la Gobernación. La primera sorpresa fue que al día siguiente de haber ido a la Procuraduría nos visitaron unos detectives del Das y estuvieron siguiéndonos durante una semana a cada miembro del Comité hasta sus respectivas casas; se empezaron a recibir las primeras llamadas amenazantes. Ese hecho empezó a alejar las primeras personas del Comité, que pensaban que el compromiso altruista en defensa de la vida no podía ir hasta arriesgar la propia vida. El temor las alejó, pero siguieron colaborándonos en cosas puntuales, ya por lazos de amistad.

Asesinato y persecución de los médicos que colaboraban con el Comité.

Sin embargo, el primer golpe duro que recibimos fue la desmembración de Unuma, una organización de 7 médicos, 10 enfermeras y siete auxiliares, que habían fundado una cooperativa cuya orientación era el servicio a los sectores populares, y especialmente a las víctimas de la violencia. Con ellos teníamos el convenio de atender a los desplazados heridos o enfermos que llegaran a la ciudad. Allí los atendían y les daban la medicina que requirieran. Era un trabajo que ayudaba a paliar parte de las dificultades de las víctimas, y por medio del cual salvaron muchas vidas. Pero en 1992 apareció una lista de 18 médicos del Departamento amenazados de muerte porque supuestamente eran auxiliares de la guerrilla. Las sentencias de muerte se empezaron a ejecutar, y el primer asesinato fue un médico de San Martín que atendía campesinos. Luego fue desaparecido otro médico del Hospital de Restrepo, que fue detenido al salir de su trabajo, y se lo llevaron en un carro rojo que pertenecía a la Sijin de la Policía.

Después mataron al Dr. Escrivano. Teníamos también un convenio con él para la atención de víctimas. Él había hecho sus estudios de medicina en la Unión Soviética, y su vocación humanitaria la desarrolló desde los sectores más populosos de Villavicencio. Fue así cómo montó una clínica en el barrio de 'La Esperanza'. Él no asumía una participación directa en las actividades políticas, pero se identificaba con los intereses del pueblo. Lo mataron igual, acusándolo de atender en su clínica a guerrilleros. Él se enteró que lo iban a matar y me llamó quince días antes muy nervioso. La policía lo citó para que les diera los nombres de todos los heridos que había curado en las últimas semanas, que entre ellos él había curado a un guerrillero. Él les respondió que los últimos que había atendido eran todos miembros del Ejército que habían sido heridos en una confrontación con la guerrilla. Un detective, que se hacía pasar como embolador, le hizo algunos comentarios advirtiéndole los riesgos que corría.

Ocho días antes de la muerte del Dr. Escrivano, el Ejército estuvo visitando los alrededores de su casa en horas de la madrugada. Él era amigo del Gobernador y se fue hablar con él para pedirle que le acompañara a hablar con el Comandante de la VII Brigada. Fueron a la cita, y el General le garantizó que su vida no correría peligro. A la semana, estando en su clínica, llegó un supuesto paciente a una consulta, entró a su consultorio y le descargó seis tiros de revólver. La información que pudimos obtener es que fue un crimen cometido por la inteligencia militar.

En medio de ese clima de terror que se creó contra el personal de salud que atendía campesinos desplazados, a la Cooperativa Unuma les llegó la noticia de que ellos serían las próximas víctimas; todos salieron como agua que lleva el viento y la clínica quedó abandonada.

La desaparición de Delio Vargas.

En 1993 convocamos a los diferentes sectores políticos y sociales, a la Iglesia, a los militares, a diferentes autoridades locales y regionales, a los gremios del Departamento, para realizar un foro que llamamos 'Alternativas de Paz para el Departamento del Meta'. En la preparación del foro desaparecieron a Delio Vargas, que era uno de los fundadores del Comité, y al tiempo era Presidente de Ascodas, Asociación de desplazados, capítulo Meta. Quince días antes del foro, Delio iba para su casa en compañía de su esposa y sus dos hijos cuando, llegando a la casa, se les atravesó un carro con unos sicarios. Él corrió, pero tropezó y rodó por el piso, lo alcanzaron, y por la fuerza lo subieron al vehículo. Entretanto él gritaba su nombre y que era un defensor de Derechos Humanos; su esposa también gritaba pidiendo auxilio; algunos vecinos alcanzaron a anotar el número de la placa del carro, y un grupo de muchachos que estaban jugando fútbol en la calle estuvieron muy atentos a los hechos y se fijaron bien en la fisonomía de los victimarios.

El día de la desaparición de Delio dio la casualidad que estaba en Villavicencio una comisión de la Oficina de Investigaciones Especiales de la Procuraduría. La hermana Nohemí vivía a una cuadra de los hechos, en el barrio 'El Retiro'; le avisaron y se puso en contacto con esta comisión, tras lo cual comenzó la búsqueda durante toda la noche. Dieron con el paradero del carro y en la madrugada detuvieron al conductor, lo arrestaron. Él había participado en la desaparición de Delio y confesó ser un informante del Ejército. No se dio con el paradero de Delio, porque lo habían entregado a otro grupo. A los ocho días tuvimos conocimiento del sitio donde podía estar retenido Delio en compañía de otros desaparecidos. La información se le entregó personalmente al Consejero Presidencial para la Defensa de los Derechos Humanos para que se tomaran las medidas que correspondían con el ministro de la Defensa, pero la ésta cayó en manos de los militares, lo cual hacía que cualquier diligencia resultara inútil. Al día de hoy seguimos sin conocer el paradero de Delio. Recientemente nos han informado que fue sepultado en una fosa común.

Realizamos el foro recordando la memoria de Delio, exigiendo que nos fuese entregado, clamamos para que cesaran las violaciones a los derechos humanos, para que se le pusiese fin a la guerra sucia y a la guerra en general. También recordamos a Jaime Bazurdo, un muchacho que nos colaboraba en las tareas del Comité. Aunque no estaba vinculado formalmente con nosotros, asistía a nuestros talleres y nos ayudaba en muchas diligencias; fue desaparecido, también en Villavicencio, unas semanas antes que Delio. En el foro se insistió mucho en el diálogo para solucionar el conflicto armado interno; para buscarle salidas a la encrucijada de la guerra a través de la negociación. Uno siempre tiene la esperanza de que estos eventos aporten algún paso hacia el camino pretendido.

La desaparición de Adolfo Silva y otros atentados contra miembros del Comité.

Sin embargo, a los dos meses fue también detenido y desaparecido, Adolfo Silva, otro de nuestros colaboradores. Adolfo se había unido a nuestro trabajo luego de que saliera de la cárcel. Había estado preso condenado por rebelión, y dejado finalmente en libertad al cumplir su pena. Estando en prisión nos había ayudado en la preparación y realización de la jornada a favor de los presos políticos. Adolfo no quería continuar en la lucha armada y nos pidió que lo ayudáramos a establecerse en Villavicencio. Empezó a trabajar en labores de carpintería, pintando y construyendo casas, y otros oficios similares que le permitían ganarse la vida. En sus horas libres nos colaboraba en el Comité y participaba en nuestros talleres.

A los seis meses de la desaparición de Adolfo nos asesinaron al Presidente de Ascodas en Puerto Rico, Meta y miembro también del Comité. El Presidente de la Cut en el Meta, Víctor Julio Garzón, que formaba parte del Comité en representación de los sindicalistas fue amenazado de muerte y tuvo que abandonar el país.

El año 1993 fue uno de los más difíciles para nosotros. Sin embargo, pese a las muertes y desapariciones, pese a los hostigamientos y amenazas decidimos continuar el trabajo; pero cada vez más solos, porque el terror había disuadido a muchas personas, entre ellos a los educadores, que se retiraron, afectándonos mucho su decisión, aunque de alguna manera comprendiéndolos, porque el miedo es un instinto que nos impone la supervivencia. Mantuvimos un núcleo de quince personas con las que seguimos adelante.

En el '94 volvieron a golpearnos muy duro. Cuando María Mercedes Méndez, una de las fundadoras del Comité, fue elegida alcaldesa del Castillo creó un Comité de Derechos Humanos en el municipio; quiso dialogar con los conservadores de El Dorado y Cubarral, porque ellos patrocinaban el paramilitarismo, y María Mercedes creía que era por falta de comunicación y de comprensión con los que tomaban una

opción política distinta. Sus intentos fueron infructuosos. Murió en la cuarta masacre que se hizo en Cañosibao contra los militantes de la Unión Patriótica.

Nuestras denuncias contra Carranza y sus paramilitares incrementaron las amenazas y planes para atentar contra nuestras vidas.

Al terminar el '94 y comenzar el '95 incrementaron las amenazas y la persecución en contra nuestra. Las denuncias que veníamos haciendo contra los paramilitares y contra Víctor Carranza les molestaba mucho porque se develaba toda la estructura de la impunidad en la que se amparaban para seguir cometiendo sus crímenes. Habíamos establecido una lista de más de 140 sicarios ligados a esos grupos con sus nombres propios y sus apodos.

En los juzgados y en las diferentes instancias judiciales reposaban ya demasiados elementos de prueba contra ellos, testimonios, delaciones, confesiones, documentos, etc., que señalaban a los administradores de justicia como cómplices por omisión de la reproducción de los crímenes que estos grupos cometían. Empezamos a descubrir y a hacer pública una verdad que dormía en las propias dependencias estatales. Hasta ese momento cometían los crímenes a la luz del día, porque la sombra que los cubría era el propio poder del Estado; por ello, los que denunciaban también terminaban desaparecidos o muertos.

Desistimos de la búsqueda de justicia en las instancias departamentales, porque todas las entidades estaban de una u otra manera comprometidas con el proyecto paramilitar de la Fuerza Pública y de Víctor Carranza. A través de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz, del padre Javier Giraldo, empezamos a enviar todo a Bogotá, a transmitir las denuncias al exterior, a intentar desbloquear la monstruosa impunidad.

No habíamos logrado resultados positivos frente a la impunidad, pero sí en cuanto al rescate de personas desaparecidas, que estaban en cuarteles o estaciones de policía sin ser reportados. Una de las últimas acciones que hicimos en el Comité de Derechos Humanos fue precisamente por la detención de dos campesinos en el área rural del municipio del Castillo; no habían sido reportados como capturados, y logramos recuperarlos por la reacción inmediata de la comunidad internacional. El Gobierno Nacional tuvo que enviar un enviado especial a Villavicencio y otro al Castillo; al final, al Ejército le tocó dejar en libertad a los dos muchachos, luego de tenerlos en condición de desaparecidos durante ocho días.

El Ejército y los paramilitares nos veían cada vez más como un obstáculo creciente a la guerra sucia que desarrollaban en el Meta, y nos empezaron a sentir como un peligro para la acostumbrada impunidad de sus crímenes.

Los grupos paramilitares de Colombia se reunieron en algún lugar de Córdoba a finales de 1994, promovidos por Fidel Castaño, (según dicen, la primera cumbre con dicho carácter) y en dicha reunión decidieron crear una estructura de inteligencia y grupos operativos en siete ciudades del país, entre ellas Villavicencio. También decidieron en dicha reunión crear frentes de apoyo político a los paramilitares; ya habían creado la Asociación de Víctimas de la Violencia Guerrillera.

Empezando 1995 aparecieron las primeras consignas en las paredes de esta ciudad de los grupos Macogue -"Muerte a Comunistas y Guerrilleros"- y Colsingue -"Colombia Sin Guerrillas"-, que se habían atribuido durante 1994 el magnicidio del senador de la Unión Patriótica Manuel Cepeda Vargas, y la muerte de varios dirigentes sindicales. En febrero de 1995, continuando con su estrategia realizaron un foro con la participación, por primera vez abierta, de las propias autoridades departamentales y nacionales.

Yo había salido del país para participar en la Conferencia Europea sobre los Derechos Humanos en Colombia, que se hizo en el Parlamento Europeo en Bruselas, y en la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas en Ginebra. La salida, que fue de dos meses, además de la denuncia tuvo como objetivo proteger mi vida; ya había tenido que salir la Hermana Nohemí Palencia por la misma razón, y Teresa Mosquera, fundadora del Comité, esposa de Luis Eduardo Yaya, ya había sido obligada en varias oportunidades a dejar la ciudad, y de nuevo se había visto obligada a partir.

Yo digo que he salvado mi vida durante este tiempo que he estado en el Meta. Van a ser ya nueve años, porque casi que huelo a los paramilitares cuando están cerca, las yemas de los dedos me queman anunciándome que vienen, que ahí están; es una especie de sexto sentido que he desarrollado para escabullírmele a la muerte. En estos años, por eso he aceptado salir en cuatro ocasiones en momentos difíciles. En la primera oportunidad salí dos meses, y en mi ausencia mataron a los compañeros más cercanos de la Unión Patriótica. En el '95 tuve que volver a salir en los meses de agosto y septiembre. Ahora he tenido que volver a salir por dos, meses porque sentía la muerte cerca. Por estas salidas es que aún estoy vivo. Cada vez prolongo un poco más el tiempo en el que me han de matar.

El foro de los paramilitares se realizó, como lo decía antes, en la sede de la Asamblea Departamental, en pleno centro de Villavicencio; allí asistieron el Comandante del Estado Mayor de la Séptima Brigada y varios delegados del Gobierno Nacional. A mi regreso como Presidente del Comité de Derechos Humanos

pedí la grabación de la sesión, por haber sido un evento público. Constatamos que todos los jefes paramilitares del Departamento del Meta estuvieron presentes, entre ellos 'Rasguño', 'Puntillón', los hermanos Alape, Tovar, jefe paramilitar de Vistahermosa, los hermanos Silva, jefes paramilitares del Dorado y de Cubarral. Todos estuvieron. Llevaron algunos campesinos que trabajan para ellos y se decían víctimas de la violencia guerrillera. Anunciaron realizar un segundo foro en Casanare. En el evento gritaron consignas anunciando la muerte de la subversión y de sus colaboradores. Hicimos en el Comité una fuerte y reiterada denuncia pública por lo que había sucedido y nos opusimos a la realización del segundo foro. Lo que hicieron fue un desafío descarado contra nuestras ansias de justicia y de civilidad. Era la expresión de la arrogancia de la brutalidad. Pedimos en todo caso, a la Procuraduría, a la Fiscalía y a la Defensoría del Pueblo, que investigara las responsabilidades que allí cabían por la promoción de grupos ilegales.

19. La Comisión Meta, expectativas y frustraciones.

Logramos al menos la constitución de la comisión Meta, compuesta por 16 miembros en representación del Estado y las ONGs de Derechos Humanos, con dos objetivos prioritarios. El primero era generar las condiciones de regreso a Villavicencio para que el Comité pudiese seguir sus labores normales con las garantías indispensables (lo que implicaba una acción del Estado dirigida a dismantelar los grupos paramilitares, en el empeño un poco ilusorio de que ello era posible); y hacer una investigación sobre los diez últimos años de violencia, 1985-1995. Definimos cuatro ejes temáticos para el desarrollo del trabajo: impunidad, paramilitarismo, Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario. Nos sirvió como veedor de los acuerdos de esta comisión la embajada de Alemania en Colombia, que prestó sus buenos oficios para que el trabajo tuviese un buen desenlace y para que la cooperación internacional prestase el apoyo necesario para sacarlo adelante.

El Gobierno entorpece la Comisión.

Sin embargo, durante el funcionamiento de la Comisión, Teresa Mosquera, que había regresado a Villavicencio, volvió a recibir amenazas, una de las cuales era muy directa y provenía de los paramilitares de Puerto López. Siguieron los hostigamientos contra la Hermana Nohemí y contra Islena, nuestra tesorera. El Gobierno, desde un comienzo quiso darle un bajo perfil a la Comisión e hizo todos los esfuerzos posibles para que la Comisión no funcionara como era debido. Hicieron cálculos políticos efectistas para liberarse de la presión manifestando de esa manera su 'buena voluntad' frente a la comunidad internacional de los Derechos Humanos. En el plano concreto, frente a lo que esperábamos y necesitábamos de la Comisión, el Gobierno quería un informe oscuro que no hablara de víctimas, que no hablara de responsables; quería repetir el discurso clásico oficial frente a la violencia de la complejidad, de la diversidad de autores que conduce a que el Estado no sea victimario sino víctima, y todos responsables de la impunidad.

El Gobierno bloqueó la Comisión, nunca entregó los doce millones de pesos que prometió dar para los gastos mínimos de funcionamiento. Habíamos acordado, además, que el Gobierno le daría fuerza vinculante y jurídica a la Comisión a través de un decreto presidencial que nunca expidió.

La Comisión produce resultados contrarios a los esperados.

Los efectos que esperábamos con la Comisión Meta resultaron ser totalmente contrarios. Queríamos generar un clima de diálogo y consenso en el Departamento en torno a la importancia de respetar y respaldar el trabajo en derechos humanos; pero se exacerbó más el paramilitarismo. Pasaron cosas como la siguiente: en Vistahermosa, después de cuatro años de haber cesado la violencia política, el hecho de que la Comisión fuera y entrevistara a la única concejal de la Unión Patriótica que quedaba en dicho municipio fue la causa para que a los ocho días la obligaran a abandonar la región. Visitamos el Inspector de Policía de Piñalito para averiguar sobre tres masacres que allí se cometieron, y desde que nos fuimos han intentado matarlo en tres oportunidades. Después de que estuvimos en el Castillo, la violencia se volvió a incrementar y mataron varias personas.

Empezaron a aparecer personas asesinadas en los municipios donde la Comisión hizo presencia. Nosotros mismos fuimos fotografiados por el Ejército, en dos desplazamientos que hicimos a Vistahermosa y a San Juan de Arama. Hubo un intento de agresión por paramilitares, regresando una de las subcomisiones que se encargó del Ariari, por Granada, en Puerto Caldas, en Coquivacoa, se acercaron paramilitares en moto armados que anunciaban una masacre; fue un momento de mucha tensión que puso muy nerviosos a los mismos funcionarios del Gobierno y de la Defensoría.

Terminando la Comisión volvieron a presentarse amenazas directas en mi contra, que hacía parte del Comité Ejecutivo de la misma, lo que me obligó a marginarme comenzando enero de 1996. En febrero tuve que salir de nuevo del país, y ahora, a mediados de marzo, las ONGs que participaban de dicha comisión han decidido retirarse definitivamente.

20. Experiencias que nos dejó la Comisión Meta.

Debo rescatar que la Comisión nos dejó en todo caso experiencias y lecciones muy valiosas, principalmente por las personas que conocimos, por la oportunidad que tuvimos de hablar con los actores de la violencia, con las víctimas y con los espectadores. Hablamos con religiosos de la Iglesia Católica y con pastores de otras iglesias que pululan en el Meta; entrevistamos fundadores de pueblos, educadores, dirigentes campesinos, autoridades políticas y judiciales, batallones del Ejército, la Brigada Móvil No.1, hablamos con amigos de los paramilitares; en el último viaje por el río Guayabero nos encontramos accidentalmente una comisión de la guerrilla. En su conjunto recogimos todo el espectro de la sociedad llanera de cara al problema de la violencia y de las violaciones de los derechos humanos.

De cómo enseñan Derechos Humanos en el Batallón XXI Vargas.

En Granada nos entrevistamos con el Batallón XXI Vargas, que es el de más experiencia en la lucha contraguerrillera del país, porque fue el primero en crearse con ese propósito en los años cincuenta. La primera Brigada Móvil salió de allí, es sin duda el más grande laboratorio de guerra de Colombia. Un oficial vinculado al programa de Derechos Humanos de la Presidencia de la República nos invitó a una de sus charlas para expresarnos el punto de vista que trabajan al interior de las Fuerzas Armadas. Para nuestra sorpresa, durante dos horas nos habló del enemigo interno y de dos municipios que no habían podido limpiar de comunistas, que eran El Castillo y la Uribe; ése era el promotor de los derechos humanos. Salí muy desilusionado porque corroboré que con un Ejército de esa naturaleza, sólo sangre se puede esperar; con militares así es imposible construir la paz en Colombia. Intentamos hablar con algún jefe paramilitar pero no fue posible.

El comercio de la muerte en Granada.

En Granada conocimos otro caso de locura, de paroxismo infamante de la violencia. Un grupo paramilitar que allí funciona en asociación con el XXI Vargas tenía acuerdos con la funeraria del pueblo, de tal forma que cuando iban a realizar una matanza les avisaban a los propietarios para que fuesen los primeros en llegar a ofrecer los servicios fúnebres; luego la funeraria les pagaba una comisión a los sicarios. Uno de estos terminó matando a unos de los empleados de la funeraria porque un día no fue a recoger los muertos que ese grupo paramilitar les había indicado, sino fue a recoger otros muertos de otro grupo paramilitar, con lo cual el primero perdió la comisión con la que contaba.

Diálogo con una comisión de la guerrilla de las Farc.

Conversamos con una comisión de la guerrilla de las Farc con la que tropezamos caminando a orillas del río Guayabero en dirección a la Macarena, en un sitio conocido como Cachicamo. El jefe del grupo nos contó un poco sobre su vida. Nos dijo que era un muchacho de origen santandereano que se fue a Bogotá a buscar trabajo, no tuvo fortuna y se encontró amigos que le propusieron irse a los Llanos a raspar coca. Raspando coca pasó una columna de guerrilleros con los que conversó, simpatizó, y posteriormente lo invitaron a vincularse con ellos. Nos dijo que en la guerrilla encontró una familia, que halló la rehabilitación social de su vida que le permite sentirse un hombre útil, que puede ayudar a forjar otro destino para los colombianos. Nos dijo que en la guerrilla dejó de ser analfabeto: le enseñaron a leer y a escribir; le inculcaron valores que antes le eran indiferentes, como el amor por su país, por su pueblo, por su patria. Le enseñaron el por qué de la importancia de su lucha.

Entrevistas con el clero de la Iglesia Católica.

De las entrevistas más relevantes destaco la que tuvimos en Granada con el clero de la Iglesia Católica, encabezada por el obispo. Allí los sacerdotes y religiosas asentados en la región del Ariari han sido testigos del avance paramilitar y de sus crímenes en los últimos diez años; muchos han tenido que cambiar de parroquia por amenazas contra sus vidas. El padre Marulanda, quien colaboraba con el Comité y la Pastoral Social, había tenido que dejar la región y el país por un intento de los paramilitares de acabar con su existencia a raíz del fervor con el que se entregaba en la defensa de la vida. Ahora, en este recorrido, lo he encontrado en el exilio en España, enfermó de nostalgia por la tierra y la gente a la que tanto amó y a la que tanto le entregó.

También en Vistahermosa hablamos con el párroco. Nosotros llevábamos un listado de 150 personas asesinadas. Me impresionó encontrar en el libro de entierros más de 350 víctimas de la violencia política, todas sepultadas por el padre. Ello se refleja en el cementerio de Vistahermosa, que casi es tan grande como largo es el pueblo. Allí sólo se enterraban las víctimas del casco urbano. Los corregimientos e inspecciones tienen su propio cementerio, donde otros centenares de personas yacen como testimonio de la brutalidad desatada en los últimos años. La mayoría son jóvenes, y las cruces blancas establecen además que las muertes son recientes. En el Castillo la historia volvió a repetirse, y los muertos registrados de la parroquia lo eran en un número superior a los datos que nosotros conocíamos; me llevó toda una tarde transcribir el listado de asesinados.

La juventud del Meta, una juventud atrapada por la violencia.

Testimoniamos con dolor la tragedia que tienen que enfrentar los jóvenes del Meta. Está en la raíz del problema de la violencia que no hay porvenir para las nuevas generaciones. Los jóvenes no tienen oportunidad de ir a la universidad ni de encontrar un trabajo. En medio de la violencia, sus únicos referentes son el guerrillero, el soldado, el paramilitar o el policía. Lo que da presencia en esta sociedad en guerra es tener un arma y un uniforme. Si se le agrega el componente del dinero para darse las diversiones que les plazcan, terminan convirtiéndose en sicarios del paramilitarismo, del narcotráfico. El poder los atrae en el hilo más cercano con la muerte. Este esquema repetitivo fue arrasadoramente triste para nosotros. Los que tienen alguna perspectiva política se vinculan a la guerrilla.

Evidenciamos casos narrados por sus propias madres, de hijas, de hijos que terminando el bachillerato, en la misma familia, unos se habían ido para la guerrilla y otros con los grupos paramilitares.

En las guarniciones militares y policiales que visitamos, la guerra está presente en la mente de cada uno, se vive y se piensa en función del próximo combate con la guerrilla. La gente de los alrededores vive bajo la tensión de los enfrentamientos armados.

El sicariato paramilitar se nutrió de los jóvenes de los mismos pueblos que terminaron matando a sus propios compañeros, compadres, amigos. Comprobamos que en esa perversión brutal hubo hermanos que terminaron matando a sus hermanos, e hijos que terminaron matando a sus propios padres. Una tragedia difícil de narrar.

Piñalito, ejemplo del típico pueblo coquero.

De otro lado, en Piñalito pudimos observar cómo opera el mercado donde se inicia el ciclo del narcotráfico. Allí se evidencian las consecuencias de la marginalidad social, de jóvenes que no han encontrado trabajo en otros lugares del país y llegan al Llano en busca de construirse un porvenir en torno a la producción y procesamiento de la hoja de coca. Se produce una especie de reciclaje social en torno a la economía ilegal. En Piñalito uno observa el típico pueblo coquero. Uno puede constatar cómo los fines de semana bulle la vida, cómo se mueve el dinero, cómo llega el campesinado, cómo hacen el mercado, cómo las cantinas se llenan más que la iglesia, cómo corre la cerveza y el aguardiente, cómo traen muchachas de las ciudades para que ejerzan la prostitución. En el pueblo se puede observar cómo llega el comerciante de Bogotá o de Cali y compra su kilo de pasta de coca; luego, en Vistahermosa, la Policía o el Ejército los espera para cobrarles el 'impuesto', de tal forma que puedan sacar su producto.

Piñalito es a su vez un pueblo de desplazados. Pudimos entrevistar a cinco personas de la generación de las movilizaciones de los '50. Hablamos con un anciano que fue fundador de Vistahermosa, dirigente de una Junta Comunal, poeta popular que ha ligado en su inspiración la historia de la colonización de la región. Nos contó cómo se hicieron esos pueblos a punta de hacha, tumbando árboles gigantes y muriendo sus familiares de distintas epidemias. Nos denunció de otra parte la existencia de tres fosas clandestinas en el municipio de Granada; entregó a la Fiscalía los datos exactos donde se encontraban, y sin embargo hasta hoy no se ha hecho la verificación. Tememos que, como ha pasado en otras oportunidades, cuando se tome la decisión ya los cadáveres habrán sido desenterrados y cambiados de lugar. Esto nos sucedió con la multinacional del petróleo Shell, que facilitó sus helicópteros, y con los del Ejército, para trasladar decenas de restos de unas fosas que habían sido denunciados con precisión por campesinos a las autoridades judiciales, ubicadas en terrenos de Víctor Carranza.

Una anciana de la Unión Patriótica, presa en su propia casa.

No podré olvidar tampoco el diálogo que sostuvimos con una anciana militante de la Unión Patriótica, quien en tres oportunidades fue concejal de Granada; prácticamente toda su familia fue asesinada. Hoy ha hecho de su casa un centro de reclusión, evitando las calles para que no la asesinen, agonizando en la soledad por la ausencia de sus seres queridos, y manteniendo la convicción de sus ideas políticas, como una manera, dice ella, de conservar la esperanza de que el país cambiará y de que los suyos no murieron en vano. Le alegró verme y saber que yo seguía luchando.

Constataciones compartidas en la Comisión.

Llegamos a una hipótesis, compartida por todos los miembros de la Comisión, incluyendo, por supuesto, a los delegados estatales, que la violencia que se ha vivido desde el año '85 hasta la fecha ha tenido como propósito el exterminio de una fuerza política de oposición. Se comprobó como patrón que el sicariato paramilitar desapareció en aquellos municipios donde los miembros de la Unión Patriótica ya habían sido liquidados

Constatamos igualmente la concentración cada vez mayor de la tierra en manos de Víctor Carranza. En esos días adquirió dos grandes haciendas en Vistahermosa, y compró otra en la Mesa de Fernández, donde se están haciendo exploraciones petrolíferas. Los mensajes que envía para la compra de las tierras no dejan alternativas a los finqueros o campesinos: 'Vendan ahora, o negociaremos con las viudas'. La persuasión del terror siempre opera, cuando es el Estado el que lo patrocina.

21. Las últimas amenazas e intentos para asesinarme.

En enero de 1996 viajé a Pensilvania para saludar a mis padres, y allí fui informado por una persona de mi absoluta confianza, que tiene nexos con la Fuerza Pública, de que tuviese mucho cuidado porque en la ciudad de Villavicencio se estaba preparando un atentado contra mi vida y contra el compañero Pedro Malagón, diputado de la Unión Patriótica. Yo regresé a Villavicencio en la segunda semana de enero, prevenido y asustado. A los pocos días empezaron a rondar por mi casa motos y carros sin placas; en la tercera semana comencé a ser seguido de la casa a mi trabajo y del trabajo a mi casa por un campero trooper rojo, perteneciente al B-2 del Ejército; la persecución era ostensible. En una de esas tardes un amigo me fue a buscar para advertirme que esa noche o al día siguiente estaba previsto la ejecución del plan para asesinarme. Antes de salir llegó otra persona a decirme que el trooper rojo había estado dando vueltas alrededor de mi oficina toda la tarde, y que sus ocupantes, todos armados, se veían muy nerviosos, muy ofensivos. Me dijeron que los encargados de asesinarme eran Arturo e Ignacio Alape, y 'Puntillón', el hermano de 'Rasguño', con la cobertura del Ejército y la Policía. Me comuniqué a las seis de la tarde a Bogotá para denunciar los hechos a la Fiscalía y exigir que enviasen una comisión. Me tocó pedir un carro de escoltas del Das, y llegué a mi casa escoltado por diez personas. Eso hizo que los sicarios tuviesen que aplazar su plan para otra oportunidad.

Yo sabía además el sitio donde se alojaban los paramilitares que tenían que atentar contra mí, que tenían una caja con dinamita y tres fusiles R-15, y esperaba que la comisión de la Fiscalía llegase de Bogotá para que se hiciese el allanamiento de la vivienda. Desafortunadamente la Comisión no bajó esa noche. Las personas que me tenían informado me comentaron que a las cinco de la mañana sacaron las armas y los explosivos, las llevaron hasta Restrepo, un municipio a veinte minutos de Villavicencio, y que regresaron sin armas. A las 9:30 de la mañana llegó por fin la Comisión. Yo insistí en que se hiciera el allanamiento porque de todas formas, aunque ya no se encontrasen armas, los cuatro que allí estaban tenían órdenes de captura. Se organizó el operativo; los fiscales vieron a los sicarios en el andén de la casa, comprobaron que allí se encontraban, y terminaron diciendo que no podían actuar porque esperaban mejor que la orden de allanamiento les llegara desde Bogotá. Los paramilitares se percataron de lo que pasaba porque uno de los funcionarios 'imprudentemente' se pasó por el frente de la casa mostrándoles el arma que llevaba. Los sicarios, una vez recibido el aviso, huyeron por la parte de atrás saltando un muro. Cuando llegó la orden de Bogotá no encontraron a nadie. Tuvimos una discusión muy fuerte con la Fiscalía porque, más que incompetencia, lo que yo percibía con su actuación era complicidad. Ese mismo grupo paramilitar era el encargado de ejecutar a Nelson Viloria, el representante a la Cámara, y a Pedro Malagón, el diputado del Meta por la Unión Patriótica.

La última semana de enero recibí un anónimo en el que me seguían advirtiéndome que la orden para asesinarme seguía en pie, que ya me había salvado de dos intentos, pero que tenían que cumplir la misión de asesinarme a mí y a Pedro Malagón. Por ello abandoné la ciudad y posteriormente el país.

22. De por qué soy defensor de los Derechos Humanos.

La defensa de los derechos humanos surge en mí ligada al problema de la violencia; porque cuando empezamos a gestionar las demandas de justicia en las diferentes instancias judiciales y de control disciplinario, fue acompañando viudas de asesinados, de desaparecidos. La necesidad de tender puentes hacia la justicia me llevaron a involucrarme en la defensa de los derechos humanos.

Cuando decidimos impulsar el Comité Cívico para la Defensa de los Derechos Humanos en el Departamento del Meta, ya habíamos transitado y racionalizado un largo proceso en el que las consecuencias del terror se reproducían en los mecanismos de la impunidad. Aprendimos el lenguaje de los derechos humanos desde el clamor de viudas, huérfanos y desplazados reclamando justicia.

De cómo nos hicimos parte de la familia universal defensora de los Derechos Humanos.

Hemos conceptualizado el tema de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional humanitario a partir de lo que pasa en el Meta y en Colombia en general. El conflicto armado Estado-guerrilla ha ocasionado que la potenciación de los espacios democráticos esté atravesada por los discursos y hechos fanáticos de la derecha y del Ejército, unidos en torno al proyecto paramilitar de aniquilamiento. Hemos querido responder con un planteamiento central, que es el de la vida. La vigencia de la vida, la indolegabilidad de la vida, y la urgencia de defenderla para que sea posible la confrontación democrática en el juego civilizado de las palabras y no en los escenarios del asesinato, la masacre o la guerra.

Que fuese posible colocar la vida como un valor central, implicó que reclamáramos en consecuencia el cese, no solamente de las violaciones a los derechos humanos, sino de la guerra misma. Nuestro mensaje sigue siendo la urgencia de la paz. Mientras llega, que los actores armados se sometan a las reglas de la guerra y respeten a la población civil.

Poco a poco, con el trabajo del Comité nos hicimos parte de la familia colombiana defensora de los derechos humanos. Hemos coordinado el trabajo con otras organizaciones de derechos humanos, hemos desarrollado campañas conjuntas y hemos traspasado las fronteras patrias consiguiendo el apoyo de ONGs internacionales; nos hemos vinculado al movimiento de los derechos humanos en el mundo. Nos hemos hecho parte de esta familia universal por la dignidad de las personas y los pueblos, lo cual nos da el vigor para seguir adelante.

Por ahora hemos tenido que cerrar las oficinas del Comité, pero no lo hemos acabado, ni lo vamos a acabar. Tenemos que encontrar caminos para posicionar la justicia, la verdad, para que haya al menos resarcimiento moral a las familias de las víctimas. Tenemos que hacer claridad sobre todo lo que ha pasado en el Meta, en los Llanos, en estos años y sobre lo que sigue pasando. Esta tragedia tiene que salir de la oscuridad, no puede quedar impune.

Tenemos que quitarle alas a la impunidad para que sea la vida la que vuele.

Intentamos buscar formas que nos permitan, ya desde Villavicencio o desde Bogotá, recoger la información inicialmente, si es que de algo sirve todavía la denuncia frente a toda esta serie de situaciones que se está presentando. Queremos seguir promoviendo los Derechos Humanos y el Derecho Humanitario a través de charlas, talleres... Así no seamos nosotros los que convoquemos, pueden ser las otras ONGs nacionales o internacionales; pero podemos estar detrás impulsando el trabajo. Tenemos que darle la mano a comités locales de Derechos Humanos como el que sesiona en El Castillo, Meta; tenemos que respaldar los que están en formación en Mesetas, en Vista Hermosa, y tenemos que promoverlos en todas las regiones y veredas. Necesitamos la coadyuvancia de otras ONGs nacionales e internacionales para que ello sea posible. Es la única manera en la que podremos conseguir que el lenguaje de la vida avance en el Departamento.

Por ahora queremos sacar a la luz pública los borradores de lo que fue la Comisión Meta, e intentar producir un libro sobre la violencia en el Meta en la década del '85 al '95. Se han hecho estudios regionales sobre la violencia y violaciones a los derechos humanos en otras partes del país, pero sobre el Meta es muy poco lo que hay. Tenemos las bases documentales, testimoniales, para una publicación importante que le quite alas a la impunidad.

Nos aprestamos a una etapa de búsqueda, de exploraciones, para continuar nuestro trabajo de derechos humanos. El Estado y el paramilitarismo nos han hecho cerrar las oficinas, pero no han doblegado, ni doblegarán, nuestra voluntad ni nuestro compromiso. La comunidad internacional ha sido muy importante para nosotros en estos duros años de nuestra gestión; queremos que no desfallezcan en su ayuda a los trabajadores por los derechos humanos. Seguiremos invirtiendo de la mejor manera el apoyo que recibimos.

Por amor tenemos que transformar nuestra sensibilidad en actos por la justicia.

Trabajamos con amor. Amor por el conjunto, amor por la unidad, amor por lo universal, amor por los valores máximos de la vida. Nuestro amor se expresa a través de la sensibilidad que nos hace compartir el sufrimiento del grito desgarrador de los niños y niñas que asisten al asesinato de sus padres o a sus entierros; de las madres enlutadas en un llanto anónimo y profundo que le preguntan a Dios por qué se asesinó a sus hijos, o de las viudas que de repente se ven privadas de sus compañeros, condenadas al ostracismo de sus tierras, y a la soledad.

Por amor es que debemos transformar esta sensibilidad en actos por la justicia, de lucha por la vida; si no se produce, si no hay como consecuencia el necesario desprendimiento de nuestro bienestar material, de nuestra tranquilidad personal, el amor no será amor y las lágrimas furtivas serán solamente sensiblerías para amortiguar el egoísmo. Es triste que nuestro amor haya estado ligado a la contraposición del odio que ocasiona la muerte. El verdugo odia, y los defensores de los derechos humanos, amamos. Los egoístas quieren todo para sí, y los que amamos la vida estamos dispuestos a compartir hasta nuestros sueños con el egoísta.

La vida y el amor, el amor y la vida, van unidas como concepto y como sentimiento en los defensores de los derechos humanos. Nadie puede defender la vida sin amar, y nadie puede amar sin realmente defender la vida.

23. La noche es más oscura cuando está punto de amanecer.

Cuando hay una tempestad muy fuerte, que el cielo está muy nublado y uno no puede atravesar más allá de su retina la mirada hacia el horizonte porque todo es negro, porque todo es oscuro, sucede (y eso se ve muy bien en el Llano) que hay tempestades que pueden durar cuatro o cinco días seguidos. Cuando hay tempestades desoladoras, vientos huracanados, uno sabe bien que en algún lugar del cielo el sol sigue estando presente. Lo mismo pasa con las semillas del arroz: cuando la mática está por nacer, uno escucha cuando la semilla totea; uno no lo ve, pero se siente como germina el alimento. Después de las tormentas el cielo estará despejado; uno sabe que la luz llegará. Después de que la semilla del arroz revienta, uno sabe que habrá cosecha, que habrá comida.

Esta metáfora la aplico al momento que vivimos. A pesar del debilitamiento del movimiento popular, del movimiento campesino, del movimiento sindical; a pesar de las cada vez más escasas posibilidades de accionar por la vía política legal; a pesar de la tempestad que nos inunda y que pareciese querer ahogarnos; a pesar de todo ello se están generando en la sociedad - todavía de manera muy incipiente, pero se están generando - las condiciones para un gran día de transparencia. Los movimientos cívicos regionales van tomando forma; es muy lento el proceso, pero se va marchando hacia adelante. El movimiento social y popular cogerá fuerza, y cuando la tenga, ninguna maquinaria de guerra ni de terror los podrá doblegar. Ellos son el germen de un proyecto de nueva sociedad, de recomposición nacional o, mejor, de composición de una nueva nación.

También se crearán de nuevo las condiciones para unas negociaciones de paz con el movimiento insurgente. Se desbrozará el camino de la lucha política abierta y democrática. No sé si entonces estaremos vivos, pero la democracia habrá de ganarle espacios al terrorismo de Estado. Podremos jugarlos en la fábrica, en la plaza pública, en la finca, en la escuela, en la universidad, nuestras ideas e impulso hacia una sociedad democrática y realmente libre. No solamente nos liberaremos del hambre, sino de todas las manifestaciones de la exclusión y la ignorancia. Colombia es un pueblo con futuro. No lo digo yo, lo dice la gente que no da el brazo a torcer a pesar de tanta sangre derramada.

24. Del por qué no me voy de los Llanos.

Regreso a Colombia con expectativas aún inciertas, mas haré lo posible por aguantar hasta junio en Villavicencio para conversar con mi familia sobre este asunto de las amenazas y la persecución. No dejaré el Meta, porque desde que llegué me he integrado a su pueblo; he vivido un proceso de acumulación muy fuerte de la cultura llanera, del ámbito espacio-cultural en el que he tenido que moverme, he tejido muchos afectos con sus gentes y con sus paisajes.

Tengo un paisaje de mi vida sembrado en el Meta para siempre.

El encuentro hombre-naturaleza en los Llanos me ha extasiado una y otra vez. Me he integrado con su gente, con su sociedad en su conjunto y con los espacios vitales de una tierra pródiga, fecunda y abierta a las fantasías: sus sabanas, sus ríos, la belleza incomparable de la Serranía de la Macarena. Me he llanerizado, me siento un llanero, con perdón de Pensilvania, Caldas: el joropo, el coleo, el jaripeo, todo ello en su conjunto hace parte de mi vida. Yo no soy yo cuando estoy tan lejos. Tengo un impacto en mi corazón, humano y geográfico del Llano de tal magnitud que me impide pensar en abandonar el Meta. No quiero salir de allí. Estoy tan enamorado del llano y de su gente, que me es muy chocante la idea de partir; tengo un paisaje de mi vida sembrado en el Meta para siempre. Para mí es impensable ir a otra parte a chocar con otros esquemas de vida. Eso me amarra al Meta y debo agregarle que mi esposa es llanera, que mis hijas son llaneras; mis pequeñas cantan y bailan la música llanera. Pensar en salir del Meta me aterra porque ya eché raíces.

b) En el Meta están sembradas también mis lágrimas, el lloro no es un desvalor.

Es cierto que la realidad de los Llanos ha sido terrible, que tiene un rostro amargo, al que hay que verle la cara día a día. La tragedia del pueblo llanero la he interiorizado en estos años, he desgajado tantas lágrimas en este cruel concierto de las violaciones a los derechos humanos, en las que descubres en tu sensibilidad un manantial de afectos; que antes de llegar al Llano no recuerdo haber llorado nunca. Aprendí a llorar con los llaneros y por los llaneros. En el Meta están también sembradas mis lágrimas. El lloro no es un desvalor, ni un simple desahogo, es la confirmación de tus afectos, la exteriorización del cariño que te conmueve; de la violencia que te mata aunque en esta oportunidad no seas tú la víctima.

c) Ceder me parece más terrible que la muerte misma.

A estas alturas, en medio de las ordalías de la guerra, de la tragedia, de la destrucción, de la muerte, uno aprende a convivir con estos factores de tal manera que al asumirlos evitamos que nos destruyan interiormente para poder seguir adelante en el reto de superarlos. Por lo demás yo he ido desarrollando un instinto que me permite percibir lo que se mueve a mi lado, lo que se está tramando de tal forma que no siento temor, no siento miedo.

Miedo, miedo si siento pero por mi familia, por mi esposa, por mis hijas. Es un miedo que no me permite dormir, el hecho que puedan poner una bomba en la casa, que puedan atentar contra mis niñas me hace desgraciado.

A veces me da por pensar que es un acto de cobardía el irse. El hecho de ser obligado a dejar las cosas que has construido, los espacios de lucha que te enriquecen en tu condición de ser humano, y dejarlo todo por las amenazas o la inminencia de la muerte, es enajenarle tu libertad a los verdugos, es endosarle al criminal la condición de un dios que puede decidir sobre tu vida o tu muerte. No lo acepto, ceder, me parece más terrible que la muerte misma.

*"Ellos aquí trajeron los fusiles repletos
de pólvora, ellos mandaron el acerbo
exterminio,
ellos aquí encontraron un pueblo que
cantaba,
un pueblo por deber y por amor reunido,
y la delgada niña cayó con su bandera,
y el joven sonriente rodó a su lado herido,
y el estupor del pueblo vio caer a los muertos
con furia y con dolor.
Entonces, en el sitio
donde cayeron los asesinados,
bajaron las banderas a empaparse de sangre
para alzarse de nuevo frente a los asesinos.
Por estos muertos, nuestros muertos,
pido castigo.
Para los que de sangre salpicaron la patria,
pido castigo.
Para el verdugo que mandó esta muerte,
pido castigo.
Para el traidor que ascendió sobre el crimen,
pido castigo.
Para el que dio la orden de agonía,
pido castigo.
Para los que defendieron este crimen,
pido castigo.
No quiero que me den la mano
empapada con nuestra sangre.
Pido castigo.
No los quiero de Embajadores,
tampoco en su casa tranquilos,
los quiero ver aquí juzgados,
en esta plaza, en este sitio.
Quiero Castigo."
Los enemigos – Pablo Neruda*